

MUTACIONES

H. S. THELS

H. S. THELS

¡MUTACIONES!

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

© H. S. THELS – 1970

Depósito Legal: B. 29.583 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Nombre?

—José Mendoza.

—¿Nacionalidad?

—Mejicano.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Voluntario?

—Sí.

—¿Lleva el microfilm de su reconocimiento médico?

—Sí, aquí lo tiene.

El hombre que preguntaba estaba sentado ante un despacho metálico, en la sala enorme de la recepción. Desde los amplios ventanales, se veía el espacio-cohete que debía llevarlos hasta la astronave, situada junto al satélite artificial, a mil quinientos kilómetros de altura.

Un poco más a la izquierda y medio ocultas por el cohete, se veían las ruinas de una ciudad.

—¿Qué ciudad?

Mientras el ayudante del hombre que estaba sentado ante él examinaba en un aparato especial el microfilm con todos los datos de su fisiología, José, con los ojos entornados, se dijo que nada importaba el nombre de la ciudad, cuyas ruinas se veían desde allí.

Todas las ciudades del mundo se parecían.

La locura del Hombre las había convertido en eso: montones y montones de ruinas, ennegrecidas, desgarradoras, hasta más allá de todo lo concebible.

No en vano había atravesado la Tierra la Tercera Guerra Mundial: aquella locura colectiva que había demostrado, una vez más, lo hondo de la bestia, bajo la fina película que la civilización pintó sobre los seres humanos.

Ahora, todo aquello había pasado, hacía diez años, sin que la victoria hubiese sonreído a nadie. Todo el mundo había mordido el polvo de las explosiones y la guerra había terminado sin que nadie

supiese cómo; quizá por fatiga… o porque se habían agotado los depósitos de bombas nucleares.

José se encogió imperceptiblemente de hombros.

—¿Tiene familia? —inquirió el del despacho.

El mejicano sonrió.

—¿Familia? ¿La tiene usted acaso?

El otro se mordió los labios.

—Está bien —repuso, sin contestar directamente la pregunta que le acababan de hacer y que no tenía respuesta.

Luego, después de revisar los documentos ordenó:

—Siéntese allí y espere.

Otro hombre se adelantó.

—¿Nombre?

—Ily Dunowsky…

—¿Nacionalidad?

—Polaco.

El desfile siguió: belgas, holandeses, franceses, ingleses, americanos. Los hombres iban tomando asiento en los largos y rústicos bancos del fondo. Luego, cuando ya no hubo sitio, se alinearon junto a los ventanales, fumando cigarrillo tras cigarrillo, sin hablar entre ellos, mirando sin interés a través de los ventanales por donde penetraba la luz débil de un clorótico sol de diciembre.

Cuando hubo terminado, el hombre del despacho se puso en pie, volviéndose hacia los otros. Después, para llamar su atención, golpeó con la uña en el tejido del micrófono que tenía al lado.

Todos prestaron atención.

El hombre carraspeó antes de hablar. Era alto, viejo, con el cabello casi completamente blanco y con una mancha rojiza en la mejilla izquierda, radiactiva.

Una reliquia de guerra.

Se veían por doquier aquellas manchas rojizas, que el tiempo iba convirtiendo en úlceras, siempre con un punteado purulento que supuraba sin descanso.

—Ya conocen —dijo— el propósito de esta expedición de la que van a tomar parte. Después de la guerra, la radiactividad atmosférica empieza a ser peligrosa en nuestro planeta. Por fortuna, la ciencia no ha dejado de trabajar un solo instante y ha logrado positivos avances en el campo de la astronáutica.

«Gracias a ello, podemos enviarles fuera del Sistema Solar, a las cercanías de Alfa de Centauro, donde poder crear un nuevo mundo y asentar nuestra vieja civilización.

»Han sido ustedes elegidos, seleccionados, después de cientos de miles de exámenes. Porque ustedes serán la semilla del Hombre en su nueva morada.

Bajó la cabeza, como si su atención se viese requerida por algún defecto en la red del micrófono.

—Hemos tenido que rodear estas instalaciones con tropas que las protegiesen. Todo el mundo deseaba escapar de este planeta en ruinas, donde no puede esperarse más que la enfermedad y la muerte. Ellos, el gentío que deseaba llegar hasta el cohete, no comprende el peligro que significaría dejarles embarcar con ustedes.

«Todos ellos están marcados por la radiactividad. Y cuando mueran, el castigo no se habrá terminado en sus personas: sus hijos y los hijos de sus hijos, hasta Dios sabe cuántas generaciones, serán anormales, productos de sus tarados genes, monstruos infectos sin apariencia humana.

»Por eso se les ha examinado tan detenidamente a ustedes. Por eso, muchísimos candidatos han sido rechazados de plano, en cuanto se ha descubierto en ellos el asomo de una tara que, aunque infinitamente pequeña, llevaba en ella la potencia destructora del futuro.

»Yo he sido uno de los rechazados.

Hubo un corto silencio, hiriente como un invisible cuchillo.

—Pero —prosiguió diciendo el hombre— no tenemos derecho a pensar en nosotros mismos. Después de las épocas de soberbia, de orgullo y de necio poder armado, ha llegado para los hombres la era del sacrificio. Y no somos nosotros solos, los que nos quedamos, los que hemos de sacrificarnos.

«Ustedes también tendrán su parte en el sacrificio común. Ya saben todos que pasarán trescientos años antes de que la espacionave llegue al planeta que es el destino de la raza humana. Trescientos años significará que ustedes, mis queridos amigos, no lo verán jamás. Serán, por lo menos los hijos de sus hijos, o los hijos de éstos. Pero ¿qué puede importar eso? Lo verdaderamente fundamental es que nuestra raza pueda gozar de la nueva

oportunidad que los hombres de ciencia la proporcionan.

«Dentro de muy poco, subirán, por el orden numérico que tienen, al cohete que les llevará a la espacionave. Espero de todos ustedes una disciplina ejemplar y una completa obediencia al jefe de la astronave, coronel John Morrison.

»¡Buena suerte, amigos!

* * *

—¿Tienes un cigarrillo?

José se volvió, mirando al joven que se le había acercado. Alto, de cabellos rubios y ojos marrones, parecía un poco nervioso.

Mendoza le dio el pitillo y se lo encendió, con pulso firme.

—¿No estás intranquilo ni emocionado? —inquirió el otro.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Hombre! Las palabras de ese tipo me han puesto un poco nervioso. No es una cosa corriente, ni para ti ni para nadie, el comenzar un viaje que va a durar trescientos años.

—¿No te lo dijeron cuando te presentaste voluntario?

—Yo no soy voluntario. Me cazaron en las afueras de París, como hicieron con otros más. Y cuando se dieron cuenta de que no había cogido ninguna clase de radiaciones, me obligaron a firmar el contrato.

—He oído hablar de casos como el tuyo. Necesitaban dos mil pasajeros masculinos y no vayas a creer que se encontraban fácilmente, tan completamente sanos como los deseaban.

—¿Tú eres voluntario?

—Sí. Mi tierra ha quedado completamente contaminada. Y, francamente, me dio asco de ir a trabajar con tipos llenos de pupas.

—Lo comprendo.

Guardaron silencio unos instantes.

Luego, el francés, acercándose al otro, le musitó al oído:

—¿Sabes algo de ellas?

—¿De quiénes?

—De las mujeres. Tienen dos mil: una para cada uno.

José sonrió, mostrando una dentadura sanísima y brillante.

—¡Eso ya no me parece tan mal!

—Era natural que lo hiciesen. Un viaje tan largo ha de asegurar

una descendencia que llegue hasta esa estrella… ¿cómo demonios se llama?

—Alfa de Centauro.

—Escogeremos novia, amigo mío.

—No te emociones demasiado. Según he oído, el viaje no va a ser, precisamente, un crucero de placer.

—¿Por qué?

—Porque tendremos que trabajar. Es una pequeña ciudad en miniatura y habrá tarea para todos.

—¡Pero si yo soy pintor!

—¿Pintor? ¿De esos que pintan las paredes?

—¡No, hombre, no! ¡Pintor de cuadros!

El mejicano sonrió.

—No sé si habrá sitio para un museo.

—¡Y yo que pensaba dedicarme especialmente a modelos femeninos! Imagínate, con dos mil mujeres a bordo.

—No eres tonto, amigo…

—Me llamo Pierre Denois.

—Y yo José Mendoza.

Se estrecharon amistosamente la mano.

—Ya te habrás fijado que hay gente de todos los países de la Tierra. ¿Has visto aquellos chinos? —Sí. Será una verdadera torre de Babel.

El francés tiró el cigarrillo.

—Oye, Mendoza. ¿Cómo llaman a la espacionave?

—«Colombia».

—¿Por qué?

—En honor a Cristóbal Colón. Somos como él, amiguito: vamos a descubrir un nuevo mundo.

—… que nosotros no veremos.

—¿Y eso qué importa?

—¡No me digas! Es lo más desagradable de este viaje. Podían haber silenciado lo de los trescientos años de duración.

—No veo el motivo.

—¡Si está más claro que el agua! Si no lo hubiéramos sabido, lo habríamos pasado mejor, llenos de esperanza por ver un nuevo Sistema, soñando un poco con ese planeta al que llegará la espacionave. Pero saber, estar completamente seguros de que ni

nosotros, ni nuestros hijos, lo verán… ¡Es un asco, José!

—A mí me es igual. No es que no me gustase echar una ojeada a aquel mundo y ver algo que jamás había soñado ver; pero, si no puede ser, ¡a aguantarse, amiguito!

—Me gustaría ser como tú. Pero no lo soy.

Un altavoz cortó la conversación de los dos jóvenes.

—«¡Preparados del uno al seiscientos, éste inclusive! Diríjanse hacia la puerta número uno».

—¿Qué número tienes tú?

—El doscientos diez —dijo José Mendoza—. ¿Y tú?

—El ochenta.

—Vamos, entonces. Me alegra que no nos separemos. Siempre es bueno tener amigos, aunque sea en el infierno.

—Eso se dice también en mi tierra.

Detrás de la monumental puerta, una rampa les condujo hasta la compuerta del cohete, en el que penetraron. Tomaron asiento en los amplios pasillos acondicionados para ello.

Momentos después, el altavoz interior ordenaba que se abrochasen los cinturones.

José estaba junto a uno de los ojos de buey.

—Aprovéchate —dijo a su amigo— y echa una última ojeada a la Tierra. Ya no volverás, en toda tu vida, a poner el pie en el suelo.

—¿Por qué dices cosas así? —protestó el otro.

—Hay que ser realista, Pierre. ¿De qué va a servirte el engañarte a ti mismo? Es mejor que mires el suelo, los árboles —los pocos que quedan— y hasta las ruinas de las casas. Son los últimos que veremos en nuestra existencia.

—¡Y dale con decir cosas desagradables! ¿Tú qué sabes? ¿Qué saben los que afirman de una manera rotunda que jamás veremos otra cosa que el interior de la espacionave?

—¿Quieres decir que aterrizaremos en otros mundos?

—¿Por qué no? Nunca se puede prever lo que va a ocurrir.

—Eres un iluso, Pierre; perdona que te lo diga.

—Y tú el peor de los pesimistas, amigo José.

—Si dijeses «realista», dirías la verdad…

El sonido horrísono de los motores les redujeron, por la fuerza, al silencio.

Mendoza lanzó una mirada distraída a la Tierra, a los árboles

retorcidos y moribundos por las explosiones atómicas, al fondo, donde las casas mostraban sus negros muñones, como brazos que deseasen agarrarse al cohete para irse también con ellos.

Un silbido prolongado y los seiscientos hombres perdieron el conocimiento, al impulso de la tremenda aceleración…

CAPÍTULO II

El «Colombia», contra todo lo que los viajeros del cohete esperaban, les sorprendió por completo. Y cuando bajaron de la nave, pasando al satélite artificial y contemplaron «aquello», se quedaron con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¿Eso… es donde vamos a ir? —inquirió Pierre.

José no contestó; estaba tan extrañado como su amigo.

La «espacionave» era, en realidad, un conjunto de seis esferas enormes, unidas por puentes o ejes, que daba la impresión de un conjunto de globos, de descomunal tamaño, clavados en aquellos pasillos circulares.

Un hombre joven, con espacio-traje, les recibió en el inmenso vestíbulo del satélite.

—Me llamo Joe Limmer —dijo— y soy el segundo de a bordo. El coronel Morrison, al que conocerán más tarde, no ha podido venir. Está, desde hace dos días, en la torreta de dirección de la nave, preparándolo todo para zarpar.

Señaló a las esferas, visibles por el único y grandioso ventanal del satélite.

—¡Ahí tienen a «Colombia»! Seguro que no se la imaginaban tal como es. Y lo comprendo, porque todos nosotros hemos visto siempre las espacionaves como deformaciones de los cohetes. Hay que ser un experto en astronáutica para saber que la forma no tiene ninguna importancia en el vacío. Al no existir aire, ni atmósfera, las concepciones aerodinámicas de los astrocohetes no sirven para nada.

»Desde aquí pueden ver la totalidad de la espacio-nave. La esfera más adelantada de todas, la que está en lo que podíamos llamar «proa», es la que contiene la sala de mandos, de pilotaje, los motores y los laboratorios de todo género. Ya ven que está unida, por un eje-pasillo, a la esfera central que, para entendernos, llamamos sala de coordinación. Allí están las escuelas, los salones de reunión, las bibliotecas, discotecas y filmotecas generales, así como un salón de deportes y cinematógrafos, teatros y una sala para las grandes fiestas que celebraremos en el espacio.

»A su izquierda y al final de un eje-pasillo, se halla la esfera especialmente destinada a las mujeres: el «gineceo». A la derecha, e igualmente al final del eje-pasillo correspondiente, la esfera de los hombres: el «androceo».

»Detrás hay tres esferas. Dos laterales, pequeñas, destinadas: una a almacén general y la otra a hospital, clínicas diversas y laboratorios de investigación biológica y médica. La última, la de «popa» es el depósito de armas, aparatos y la resistencia de robótica.

»Llevamos con nosotros quinientos «robots» del último modelo, los célebres «Mak», que nos ayudarán y servirán como leales colaboradores.

—¡Es fantástico! —resumió, emocionado y en voz baja Pierre.

José asintió con la cabeza.

—Han pensado en todo. Y no creo que el viaje vaya a ser aburrido.

—Desde luego que no.

Limmer siguió hablando:

—Por el momento —dijo—, se dirigirán al «androceo», donde permanecerán hasta que se les diga. Pueden hacer lo que gusten. Tienen allí bibliotecas y salas de juego, en cantidad suficiente para que se distraigan hasta que el comandante vaya a verlos. Después, casi inmediatamente, comenzaremos a hacer una división de trabajo para todos.

»Nada más, señores.

Pasaron al «Colombia», penetrando por la esfera central, atravesando la sala de coordinación y sus estupendas instalaciones, que les maravillaron.

Todos los ejes-pasillos estaban dotados de «tapis-roulant», que les llevó, sin ninguna clase de esfuerzo, hasta la esfera destinada a los hombres.

José echó una inquisitiva mirada a la sólida puerta que se cerró tras ellos.

Todo estaba perfectamente acondicionado, con una limpieza que brillaba por doquier. Los dormitorios eran amplios y contenían, cada uno, quince camas, un número nada exagerado y que respetaba, dentro de los límites posibles, una intimidad agradable.

Naturalmente, los dos nuevos amigos escogieron los lechos

juntos.

—¡Esto es estupendo! —exclamó el francés.

Mendoza asintió, con la cabeza; después, bajando la voz, preguntó:

—¿Te has fijado en la puerta de entrada?

—¿Qué tenía de particular?

—Era como la de una caja de caudales. Imposible salir de aquí, si el comandante no quiere.

—¿Y qué nos importa?

El otro frunció el entrecejo.

—No sé… —dijo con aire ausente.

Examinaron los armarios, por el momento semivacíos, no conteniendo más que un espacio-traje, que observaron con detallada curiosidad.

—¿No te decía yo? —inquirió sonriendo el francés—. ¡Aquí tienes la prueba de que aterrizaremos en alguna parte, antes de acabar el viaje!

—Esto no quiere decir nada, Pierre; pueden ser los trajes para nuestros nietos o para sus hijos.

Pierre cerró el armario con un gesto de rabia.

—¡No quiero verlos, entonces! Todo lo que me recuerde que debo morir me pone los nervios de punta. ¿Por qué, Señor, este sadismo de mostrarnos algo que no usaremos jamás?

—Creo que verás más cosas sorprendentes.

—¿A qué te refieres?

—¿Te has dado cuenta, cuando aquel tipo nos explicó la espacionave, de que habló de «gineceo» y «androceo», pero no dijo nada de alguna esfera destinada a los hombres y mujeres que se casen aquí?

—¡Es verdad! ¿Cómo pensarán hacerlo?

—Esa es una de las preguntas que yo quisiera contestar.

—¡Bah! Creo que estamos preocupándonos demasiado… ¿Quieres jugar una partida?

—¿De qué?

—Al ajedrez. Allí he visto unos tableros, en el salón por el que pasamos antes.

—Vamos.

* * *

Denise Vermont se volvió a las muchachas que habían entrado en el dormitorio que les correspondía.

—¡Ya estamos en casa, chicas! Sonrieron algunas; otras, acercándose a los armarios, miraban curiosamente su interior.

María González, la bella venezolana, colocó su abrigo sobre el lecho vecino al de Denise.

—Esto me recuerda el colegio de Caracas.

—¿Por qué?

—Era muy parecido y estábamos solas, como aquí.

—Pero no debía ser lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque entonces, como yo, como todas nosotras, debías pensar en el príncipe encantado. Tenías una vida maravillosa por delante y un mundo de sueños en el corazón.

—Eso es verdad, Denise; ahora, por el contrario, a pesar de que lealmente me alegro de abandonar este planeta moribundo, siento algo extraño, no sé exactamente qué, pero que no deja de hacerme daño.

—Es lo mismo que siento yo… Pero debemos sobreponernos a las malas ideas. El pesimismo no nos servirá para nada. Todavía no conocemos la vida que llevaremos aquí.

Una joven entró corriendo en el dormitorio.

—¡He descubierto una piscina! ¡Una piscina de invierno, con una calefacción estupenda! ¿Quién quiere zambullirse conmigo?

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo también!

Corrieron hacia el pasillo cuando, repentinamente, una voz femenina que parecía surgir de las paredes brillantes las paró en seco.

—¡Atención! ¡Atención! Reunión general, inmediata, en el salón central del «gineceo».

—Ya empezamos —dijo Denise.

Momentos más tarde, sentadas en el hemiciclo del salón, vieron aparecer a una mujer relativamente joven, de rasgos enérgicos y cabellos alisados sobre la cabeza.

Miró a todas, larga y pausadamente; luego se acercó al micrófono y dijo:

—Nuestra astronave ha despegado ya de la Estación Interespacial. ¡Hemos empezado el viaje!

Se oyeron algunos «¡Ah!»; pero, en general, el silencio fue completo.

—Quiero, antes de todo, presentarme. Me llamo Dana Veria y soy el director del mundo femenino de esta espacionave. No recibo órdenes más que del coronel Morrison que, a su vez, está asesorado por el grupo de sabios que forman el Consejo Científico del «Colombia». Esto quiere decir que estamos, todas, bajo las órdenes directas de un grupo de hombres de ciencia, sobre cuyas espaldas ha recaído la responsabilidad enorme de conservar la Especie Humana.

»No debemos olvidar que nuestro objetivo es ése: hacer posible que la raza se desarrolle nuevamente en el lejano punto del universo al que nos dirigimos. Fuera de ese objetivo, de esa misión, lo demás carece por completo de importancia.

«Nosotras, las mujeres, estamos acostumbradas a hacer montañas de nuestros pequeños problemas; sobre todo de los sentimientos. El destino nos ha impuesto una tarea en la que no hay cabida para las minucias, para los egoísmos, para los ideales individuales…

El silencio era denso.

—Ahora mismo —siguió diciendo la rectora—, en estos mismos instantes, el oficial Limmer está diciendo parecidas palabras a los hombres. Ellos, espero, comprenderán en seguida que no han venido aquí a realizar un crucero de placer. La supervivencia de nuestros futuros hijos y de los hijos de éstos está en juego. Cualquier desfallecimiento, cualquier fallo por pequeño que sea, pueden destrozar esta colosal labor; esta única oportunidad que el destino ha colocado en nuestras manos.

»Por eso, ninguna debilidad será soportada. Todos sabemos que la elección de hombres y mujeres ha tenido que supeditarse a ciertas condiciones, en las que imperaba su estado de salud.

»Ahora bien; estar sanos no quiere decir, ni mucho menos, que se sea apto para la misión encomendada. Por eso, ante la extrañeza de la mayoría de vosotras, hombres y mujeres estamos separados

por una barrera que ninguno de nosotros podemos franquear.

»Aquéllos que sean aptos; aquéllos que, por fortuna, hayan escapado a la tremenda contaminación radiactiva, serán los destinados a forjar las nuevas generaciones que harán posible nuestro sueño de paz en el planeta de la constelación del Alfa del Centauro, hacia donde se dirige ahora nuestra astronave.

»Los otros, los que por desdicha hayan sido contaminados profundamente, vivirán a nuestro lado, en una de las esferas. Ningún cuidado les faltará y serán tratados como los demás; pero tendrán que resignarse y dejar a éstos la tarea de hacer posible la Humanidad-2, de la que surgirán las nuevas y sanas razas del futuro.

Guardó silencio unos instantes.

—No desearía —terminó diciendo— que mis palabras ennegreciesen el porvenir que os habíais forjado. Todavía no sabemos nada de él. Y ni yo misma puedo decir a qué categoría perteneceré o si seré, con otras muchas, enviada con los robots.

«Tampoco deseo que juzguéis mal a los que han decidido estas leyes. Pensad en que, por encima de todo, deseamos hacer una raza fuerte, sana, digna del esfuerzo que estamos dispuestos a realizar por ella. Quizás, en un mañana lejano, nos recuerden y consigamos el premio mayor que podemos esperar: que se enorgullezcan de nosotros.

Salieron del salón silenciosamente, con los entrecejos fruncidos, deseosas de alejarse de allí para dar libre curso a sus impresiones.

Una vez en la sala, Denise se dejó caer sobre su lecho.

—¿Qué os decía? ¡Ya me imaginaba que los sinsabores no se habían terminado!

Louise Fower, una bella inglesa, que seguía en pie, se acercó a las otras.

—¿Os imagináis la clase de tortura que han pensado? Ya no es sólo el pensar que no vamos a salir nunca de esta esfera, que jamás volveremos a ver árboles, ni ríos, ni casas. Ahora, cuando habíamos admitido plenamente nuestro destino, imaginando que dentro de nuestra amargura podíamos al menos intentar ser un poco dichosas, debemos empezar a temer el ser de la clase que será desechada, como basura humana… ¡No, no puede ser así! Yo conocí a un hombre, recién acabada la guerra. Creí que, después de tanta

desgracia, la suerte me miraba un poco… Nos íbamos a casar…

Un sollozo cortó su relato; pero nadie hizo nada ni dijo nada. Esperaron en silencio a que ella continuase.

—Nos íbamos a casar… —dijo un poco después—. Todo estaba preparado cuando, repentinamente, la piel de su rostro empezó a caer a tiras. Perdió un ojo y su cara se hinchó monstruosamente. ¡Había estado en la guerra y había pagado el precio que han pagado tantos millones de hombres!

Calló otra vez.

—Os imagináis en lo que estoy pensando ahora, ¿verdad? ¡Lo leo en vuestros rostros contorsionados, en vuestros ojos asustados! Hemos sido examinadas por docenas de médicos. Cientos de aparatos han determinado nuestra personalidad y definido nuestra salud. ¡Pues bien, ahora, mis queridas amigas, viene la señorita Vería a decirnos que todo lo que hemos pasado no ha servido absolutamente para nada! Que no debemos hacernos ilusiones, porque muchas de nosotras no formarán la familia que pensábamos crear. Y que, inútiles para ser madres, serviremos de compañeras a los robots, ayudándolos a limpiar las paredes, a manejar los aspiradores o a clavar las planchas de la espacionave que se vayan estropeando…

—¡¡Calla!!

Se volvieron todas hacia María, que era la que había gritado de aquella forma inesperada.

—¡Calla! Yo no sé cómo pensaréis vosotras. Pero yo ya tengo mi idea formada y nadie, ni la rectora ni el coronel me impedirán que me encuentre con José.

—¿José? —inquirió Denise.

—Sí; es mi prometido. Ambos, en distintos países, nos presentamos voluntarios… y fuimos admitidos. Vosotras no conocéis a José. Es un mejicano aparentemente tranquilo, pero capaz de atravesar toda la espacionave para venir a verme.

Denise acarició los negros cabellos de la venezolana.

—Creo que estamos exagerando —dijo dulcemente. Y volviéndose hacia la inglesa—: Tú, Louise, debes retener tus impulsos. Si estamos unidas, si somos verdaderamente amigas, podremos, pase lo que pase, ayudarnos las unas a las otras. ¿No os parece?

Fower se acercó a la sudamericana.

—Perdona, María —le dijo—. Me he dejado llevar por el pesimismo. Quizá, todas las advertencias de la señorita Vería hayan sido eso, simples advertencias. Comprendo que deben mostrarse severos con nosotros. El viaje es muy largo y, sobre todo, muy importante.

* * *

Limmer se volvió de nuevo, mirando a través de la cúpula transparente.

—Todavía se ve —musitó en voz baja.

Sin volverse de los cuadros, que examinaba atentamente, el coronel Morrison dijo, frunciendo el entrecejo:

—¿La Tierra?

—Sí. Y la Luna. No son ya más que dos puntos más entre las estrellas, mucho más brillantes que ellas; pero siguen siendo, mi coronel, la Tierra y la Luna.

—Sí. La vieja Tierra, hoy moribunda por la locura de los hombres. Y la Luna, un regalo inútil, vacío y yermo, que fue el origen de esta guerra… ¡Que los humanos son estúpidos! Si analiza usted la historia, encontrará, noventa y nueve veces sobre ciento, que los motivos que promovieron las grandes hecatombes fueron siempre fútiles, absurdos, estúpidos; lunas vacías y desiertas, que la imaginación llenó de inexistentes tesoros.

—Dentro de unas horas, ya no las veremos a simple vista.

—Pero seguirán aquí —repuso Morrison, tocándose la frente—. Estarán en nuestra mente hasta que muramos. Y su recuerdo, cada vez más deformado, cada vez más irreal y fantástico, seguirá en el cerebro de los que nos seguirán, hasta no ser más que un mito, una fantasía…

—¿Es posible que olviden la Tierra, coronel?

—¿Y por qué no, jovencito?

—Verdaderamente, me parece imposible.

—Sin embargo, nada más cierto. Las primeras generaciones, quizás dos o tres, guardarán los recuerdos, pero éstos serán cada vez menos vivos, más imprecisos, como esas viejas fotos que a medida que pasan los años, en los fondos de los baúles, van tornándose

amarillentas, todas ellas, hasta no poder ver en su superficie más que una incomprensible selección de manchas.

Se levantó y tomando al otro por el brazo, se acercó a la parte posterior de la cúpula.

Desde allí se veía la espacionave entera y las esferas parecían colosales y brillantes planetas que formasen, con la de la cabeza, un sistema fantástico, en pequeño.

—Miremos —dijo Morrison, profundamente emocionado— ese mundo que fue el nuestro y el de nuestros mayores. Y recemos porque la semilla que llevamos en esta espacionave sea más buena que la que se crió allí.

—Así sea.

CAPÍTULO III

El nerviosismo reinaba por todas partes. Pierre, que acababa de dar una vuelta por la casi totalidad de las salas de reunión, por los dormitorios semivacíos, regresó al suyo, encontrando a José, que hacía tranquilamente un solitario.

—¡Está la cosa que arde, chico!

El otro levantó la cabeza para mirar a su amigo.

—¿Qué pasa, Pierre? Hace seis días que hemos dejado la Tierra…, ¿y ya empiezan los problemas?

El otro se rascó la cabeza.

—Oye, José; o yo me estoy volviendo turulato o eres tú quien pierde la estabilidad del «ático». ¿No oíste la arenga que nos dirigió Limmer, o la has olvidado por completo?

—Palabras, palabras. Leí un día, no me acuerdo qué, escrito por un tipo inglés muy antiguo, que decía eso: «¡Palabras! ¡Palabras!»

—¿Y qué?

—Que tenía toda la razón del mundo. Los hombres nos pasamos la vida hablando. ¿Y qué decimos, después de todo? ¡Palabras! ¡Palabras y palabras!

—¡Tú sí que estás arreglado con tus palabras! La prueba es que de las palabras, como tú dices, han pasado a los hechos.

—¿Qué dicen ahora?

—Que mañana empiezan los exámenes.

—¿Qué exámenes?

—¡Los nuestros! Pasaremos a los laboratorios por grupos; es decir, por dormitorios. Y allí nos harán todas las pruebas necesarias para ver quién puede ser destinado al matrimonio y quién no.

Mendoza sonrió, haciendo un visible esfuerzo por lograrlo.

—No creo aún que todo eso pueda ser verdad. Están, seguramente, sometiéndonos a una prueba de disciplina. ¿Es que no sufrimos en la Tierra suficientes exámenes?

—Eso parece.

—¡Tonterías! Hemos sido seleccionados cuidadosamente. Y todos somos hombres sanos y capaces de tener hijos sanos. Como las mujeres que nos acompañan.

—Eres un iluso. Ya verás.

—Vosotros sí que estáis repletos de ganas de armar «jaleo». Todo, ya te convencerás, será maravillosamente normal, como nosotros lo somos.

* * *

A la mañana siguiente —los días estaban indicados por un globo luminoso, situado sobre la esfera central y que se iluminaba doce horas sobre veinticuatro, con intensidad creciente hasta las doce y decreciente hasta las diez de la noche—, se despertaron oyendo ya los avisos que los altavoces, situados en todos los dormitorios, estaban lanzando a los cuatro vientos.

«—¡Deben prepararse por dormitorios! Vamos a numerarlos debidamente para que se presenten, cuando les llamen, en la puerta del "androceo".»

—¿Qué te decía yo? —dijo el francés con una sonrisa de triunfó.

—Si cada vez que nos llaman para cualquier cosa vas a dar una lata como la de ayer, prefiero que cierres la boca.

Los otros compañeros se habían levantado ya y fumaban, charlando o leyendo alguna revista.

Ily Dunowsky, el polaco, se acercó a ellos.

—Yo tampoco creo en todos esos «cuentos» que corren por la espacionave.

José asintió con la cabeza.

—¡Naturalmente! Y también es natural que, sin tener que hacer nada e impresionados por lo del viaje, nos pongamos a pensar tonterías:

Pierre se puso en jarras y lanzó una carcajada.

—¿Queréis decirme entonces, para qué nos «lanzó» Limmer aquel discurso? ¿O es que él también tenía ganas de «cháchara»?

«¡DORMITORIO NÚMERO UNO! ¡PRESÉNTENSE ANTE LA PUERTA!»

—Eso va por nosotros, amigos. ¡Adelante!

Salieron, bromeando con los que en el camino les decían cosas cómicas. Sin embargo, la tensión emocional era muy grande.

Al abrirse la puerta lentamente, vieron ante ellos un grupo de «robots», que ya debían esperarlos.

Era la primera vez que contemplaban a los «Mak».

Poseían, aproximadamente, la altura de un humano normal. La cabeza era, desde el principio, lo que les diferenciaba extraordinariamente, ya que su volumen era desproporcionado con el cuerpo.

Dos células fotoeléctricas, del tamaño de la palma de la mano, ocupaban casi totalmente lo que hubiese podido llamarse «rostro». Bajo aquellos «ojos» electrónicos, un círculo mucho menor suplantaba la boca.

Uno de ellos, cuya capa metálica había sido pintada de rojo, se adelantó a sus compañeros.

—Soy Mak I —dijo, con una voz completamente natural—. Hagan el favor de seguirme.

Obedecieron los hombres y los otros «robots» se colocaron detrás, siguiéndolos con sus rígidos pasos. En aquella ocasión, el «tapis-roulant» no funcionaba y tuvieron que ir andando hacia la esfera central. Una vez allí, se dirigieron hacia la popa, en cuyos pisos bajos se hallaban situados los laboratorios de investigación.

Al entrar en una especie de vestíbulo de grandes dimensiones vieron, a través de una pared transparente, un grupo de hombres de cierta edad, se notaba por sus cabellos blancos o por sus limpias calvas, cuyos rostros estaban cubiertos por una especie de capuchas de color blanco.

—Bienvenidos —dijo una voz, que surgió por un altavoz situado en la pared—. Vamos a proceder a los análisis y estudios de rigor. No tardaremos más de una hora. ¿Alguna pregunta?

El polaco levantó la mano.

—Yo quisiera hacer una.

—Hable.

—¿Por qué llevan esas capuchas sobre la cabeza?

Hubo un corto silencio; después la voz respondió:

—Por el mismo motivo que estamos separados de ustedes por este muro de plástico transparente. Nosotros estamos contaminados por la radiactividad de la última guerra. Si hemos venido en la espacionave es para contribuir a la formación de la Semilla de la Especie. Todos nosotros somos biólogos y dedicamos los pocos años que nos quedan de vida a hacer posible la formación de una nueva humanidad en el mundo hacia el que nos dirigimos.

«Ninguno de nosotros puede salir de esta parte que ocupamos y que, al morir el último, será desprendida de la espacionave, siendo proyectada al espacio para impedir que el resto del «Colombia» se contamine.

Mientras aquel hombre hablaba, José pensaba en los libros que había leído y que hablaban de la remota antigüedad de los hombres, cuando los leprosos eran aislados del resto de los humanos y tratados como animales repugnantes.

Aquellos sabios, en pleno siglo XXII, eran como los «impuros» de los albores de la historia.

Se sintió profundamente emocionado y condolido por todo aquello.

—Deben tomar asiento —dijo la voz— en los sillones que hay detrás de ustedes. Durante un buen rato los «robots» realizarán las pruebas que nosotros les ordenaremos desde aquí. Les sacarán la sangre y el líquido cefalorraquídeo. Investigaremos profundamente sus organismos, buscando la menor huella de radiactividad que haya podido quedar oculta en ustedes. Mi deseo es que no encontremos ninguna y que puedan todos iniciar la gloriosa marcha de lo que hemos dado en llamar «Humanidad-2». Nada más, amigos.

Tomaron asiento en los sillones y los «robots» les sujetaron con fuertes correas, colocándoles unos cascos que servirían para hacerles un encefalograma a cada uno. Después les inyectaron una sustancia que les adormeció dulcemente.

Al despertar poco después observaron, todavía sujetos, que los «robots» entregaban tubos y recipientes ante una especie de torno, cuya vagoneta desapareció al otro lado del muro transparente. Allá, los profesores trabajaban arduamente, junto a aparatos colosales y tremendamente complicados.

Las correas se soltaron solas.

—Ya pueden irse —dijo la voz de siempre.

Precedidos por Mak-I y seguidos por los otros «robots», fueron nuevamente conducidos al «androceo».

—¿Qué te ha parecido? —inquirió con un aire de triunfo Pierre.

Mendoza se encogió de hombros.

—Algo muy triste, Denois. Creí francamente que no iba a ver cosas como las que he visto; que la vida, a bordo de la espacionave, iba a hacernos olvidar todo lo que ocurrió en la Tierra.

Harry Tomber, el americano, se volvió hacia ellos.

—Lo dices por esos pobres sabios, ¿verdad?

—Sí.

—Sí. Tienes razón. Ha sido un espectáculo muy poco agradable. Hubiese preferido que Dunowsky no hubiese preguntado nada.

El interpelado se acercó al grupo.

—¿Por qué no? Deseaba saber lo que significaban aquellas máscaras. No me gusta, en principio, la gente que oculta su rostro.

Mendoza asintió con un gesto.

—De acuerdo. Pero no me negarás que ha sido triste conocer la verdad. No me explico cómo esos hombres pueden realizar su trabajo sin volverse locos. ¡Pensar que han de morir ahí dentro, sin salir de esa especie de jaula de cristal que les han fabricado!

Pierre dejó oír su risa sardónica.

—¿Y crees que existe gran diferencia entre ellos y nosotros? El tamaño de la jaula es lo de menos. También estamos nosotros encerrados en este maravilloso «androceo».

—Pero nuestro encierro no es para siempre —intervino Harry—. Ellos, por el contrario, jamás saldrán de allí.

—¿Y los que ellos condenen?

—¿Qué quieres decir?

—Que para algunos esos sabios no serán tan dignos de lástima cuando emitan su diagnóstico. Ahora vosotros les tenéis lástima, les compadecéis y os sentís llenos de ternura hacia ellos; pero, ¿qué clase de simpatía les tendríais si ellos os condenasen a una vida en todo semejante a la que ellos deben llevar?

—¡Calla! —rugió el polaco—. ¡Estamos hartos de tus pesimismos, francés de los demonios!

—Lo que ocurre es que tenéis miedo a la verdad.

Ily se lanzó contra él y hubieron de intervenir los otros para impedir la pelea.

—Calmaos, muchachos —dijo José—. Este estado de nervios no nos favorece en absoluto. ¿Y si fuésemos a jugar un poco?

Asintieron algunos de mala gana y pasaron al salón.

El altavoz seguía llamando grupo tras grupo. Mendoza y Pierre se colocaron, como siempre, ante el tablero de ajedrez.

—¿Tú qué hacías en la Tierra? —preguntó Denois.

—¿A qué te refieres?

—A tu oficio.

—Electromecánica.

—¡Muy interesante! Seguro que te darán un trabajo a hacer en la espacionave. A mí, por el contrario, me mandarán hacer cualquier cosa. ¡Los artistas estorbamos en esta «Humanidad-2»…!

—Ponte a jugar y deja tu imaginación tranquila; el polaco tiene toda la razón del mundo. No puedes hablar sin hacer daño; aunque sea a ti mismo.

—Está bien, gruñón de todos los diablos. Voy a jugar y darte mate en poco tiempo.

—Es lo que yo deseo comprobar.

Jugaron partida tras partida y Pierre las perdió todas. Finalmente derribó las fichas con un gesto de cansancio.

—¡No puedo más! Estoy con la imaginación en otro sitio.

—¿Se puede saber dónde?

—Sí. Mi mente está junto a los aparatos donde nos han analizado.

—¿Por qué te preocupas tanto? ¿Tienes miedo de estar contaminado?

—¿Yo? ¡No digas estupideces!

—¿Entonces?

—No puedo evitar el estar nervioso…

El altavoz del salón vibró antes de decir:

—Vayan todos a sus dormitorios respectivos. Dentro de unos minutos comunicaremos los resultados obtenidos en los laboratorios.

Obedecieron en silencio.

José se percató de que los rostros expresaban una seriedad desacostumbrada. Era completamente imposible, por mucha sangre fría que se tuviese, permanecer sereno ante los peligros que podían estar agazapados en los próximos minutos.

Esperaron nerviosamente, fumando cigarrillo tras cigarrillo, gastando bromas que, ni mucho menos, les salían del corazón.

Hasta que vibró el altavoz.

—He aquí los resultados obtenidos en los laboratorios —dijo la voz neutra del aparato—. Primer dormitorio; un momento, debemos antes explicar la nomenclatura que vamos a utilizar. «POSITIVO» querrá decir que no posee indicio de contaminación alguna;

«NEGATIVO», por el contrario, serán aquellos que no podrán formar parte de la «Humanidad-2».

Hubo un silencio. De haber habido moscas, se hubiese oído el vuelo de cualquiera de ellas.

—Escuchen —volvió a decir la voz—, los del dormitorio número uno: POSITIVO, Pierre Denois; NEGATIVOS: Ily Dunowsky, Harry Tomber, Van Veloeken y José Mendoza… Segundo dormitorio.

—¡Cierra ese aparato!

Dunowsky lanzó una silla contra el emplazamiento del altavoz, que se hizo pedazos, enmudeciendo inmediatamente.

Se miraron los unos a los otros.

Pierre, con las mejillas enrojecidas por el rubor, no se atrevía a levantar la mirada del suelo.

Fue Harry, el norteamericano, quien rompió el silencio:

—¡Ya está! Lo creeréis o no, pero tenía ganas de saber la verdad. Ahora ya estoy tranquilo.

Mendoza cerró convulsivamente los puños.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Los laboratorios donde nos examinaron eran más perfectos que los de la astronave. ¿Por qué nos engañaron entonces?

—No ganarás nada enfureciéndote, muchacho —dijo el polaco.

Y mirando a Pierre:

—Tú sí que has tenido suerte, Denois. Te doy mi enhorabuena. ¡Chócala, amigo!

Extendió la diestra, pero el francés retrocedió, con los ojos muy abiertos.

Ily sonrió tristemente.

—Perdona, lo había olvidado. Un «contaminado» no debe tocar a alguien puro como tú.

—¡No puede ser! —volvió a rugir el mejicano.

Y de repente lanzó mi grito, como el de un animal herido, precipitándose hacia la puerta, que intentó abrir inútilmente, ya que había sido automáticamente cerrada.

—¡María! ¡María! —gritó.

Luego, retrocediendo, se dejó caer en el lecho, sollozando dolorosamente.

Fue entonces cuando la puerta se abrió, dando paso a Mak-I.

—Han hecho muy mal en romper el altavoz —dijo—. Voy a

arreglarlo.

Pero Ily se interpuso en el camino del hombre-mecánico.

—¡Fuera de aquí, monigote! ¡Si das un paso más, te aplasto esa cabezota con una silla!

El «robot» permaneció inmóvil; luego, con voz clara, dijo:

—Comprendo su dolor, amigo…

Dunowsky no dio crédito a lo que acababa de oír.

—¿Es posible que tú puedas comprender mi dolor?

—¿Por qué no? Soy Mak-I, el más perfecto de todos los «robots» que se hicieron jamás. Comprendo tu dolor y lo comparto. Pero la Ley es la Ley y hay que respetarla. Déjame arreglar el altavoz, por favor.

Ily se hizo a un lado, anonadado.

Cuando el hombre-mecánico terminó de reparar el altavoz se volvió hacia Pierre y dijo:

—Venga usted conmigo.

—¿Y nosotros? —inquirió Tomber.

—Mañana saldrán de aquí para la esfera de popa. Vivirán en los pisos altos, encima de nuestro almacén.

Mendoza, que se había incorporado, se acercó al «robots.

—Escucha, Mak; yo no sé si ya estoy loco, al intentar hablar de mis cosas con una máquina; pero, de todas formas, no importa. ¿Qué sabes de las mujeres? ¿Han sido examinadas como nosotros?

—Sí.

—¿Hay muchas negativas?

—Doscientas.

—¿Sabes si María González está entre ellas?

El «robot» permaneció silencioso; después dijo:

—Mak-I sabe todo, pero comprende tu dolor. Ya lo sabrás mañana.

Y salió, seguido por un Pierre que no se atrevió a decir nada a sus amigos.

CAPÍTULO IV

Cuando el sol artificial, situado sobre la esfera central, se apagó, dando ilusión de que la noche había llegado, ninguno de los ocupantes del primer dormitorio se había movido de sus asientos.

Igual parecía ocurrir en los otros dormitorios, donde no quedaban ya más que los que habían sido calificados de NEGATIVOS.

— Habrá que hacer algo —dijo José.

Le miraron, sorprendidos de aquellas palabras que habían desgarrado un silencio de muchas horas.

Ily se acercó al mejicano, poniendo una mano sobre su hombro.

—La quieres mucho, ¿verdad, Mendoza?

—Sí.

—¡No pierdas la esperanza! Es posible que María haya sido declarada NEGATIVA.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso piensas en que nos encerrarán con las mujeres contaminadas?

—¿Qué quieres que hagan, muchacho?

—No lo sé; pero, de todas maneras, no estoy dispuesto a permanecer aquí ni un momento más.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué quieres hacer?

—¡Salir!

Aquella exclamación despertó los embotados cerebros de todos. Y se acercaron a él, rodeándole.

Tomber le sonrió al decir:

—¿En qué estás pensando, angelito?

—Ya te lo he dicho. Voy a escaparme de aquí. Si algunos de vosotros quiere seguirme…

—Pero ¿dónde diablos vas a ir?

—A buscar a María.

—¿Has descubierto algún procedimiento especial para atravesar las paredes?

—No. Pero esas cerraduras electrónicas no son ningún secreto para mí. Ayudadme a desmontar esta lámpara. Me bastará un cable para abrir la puerta.

Se pusieron todos a trabajar, animados por el entusiasmo de su compañero. Momentos más tarde, cuando la puerta se abrió, miraron a José con admiración no fingida.

—¡Eres un tío grande! —exclamó Tonaber.

—Todo eso está muy bien —intervino el polaco—; ¿pero habéis pensado en los «robots»?

—Sí —dijo Mendoza—. Romped unas sillas y armémonos con las patas. Cuando veáis a un «robot» le sacudís en la pequeña lámpara que llevan en la cabeza. Es la antena de control y sé quedarán inmóviles; pero sobre todo golpead antes de que puedan comunicarse con los demás.

Salieron al «tubo-pasillo», avanzando precavidamente hasta llegar a la esfera central. Allí, nada más entrar en uno de los salones del piso bajo, tropezaron con una pareja de «robots», a los que inutilizaron en un periquete.

—¡Formidable! —exclamó el polaco.

Conocían perfectamente el camino que conducía al «gineceo» y no tardaron en llegar ante la puerta, cerrada sólidamente.

Siguiendo las instrucciones de José, desmontaron una de las lámparas del pasillo, y el mejicano utilizó los cables de la misma sorprendente manera que había hecho en las otras puertas. Ésta, como las anteriores, se abrió silenciosamente.

Estaban ante un largo pasillo.

—Estoy emocionado —musitó Tomber.

—No me extraña —dijo Mendoza—. Pero deja las emociones a un lado y abre bien los ojos. Si nos cogieran aquí estaríamos arreglados.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Ily.

—¿Recordáis el «Rapto de las Sabinas»?

—¡Se ve que has leído mucho!

—Haremos como los romanos. Nos llevaremos a las mujeres y

nos encerraremos en nuestra cámara.

—¡Mandarán todos los «robots» contra nosotros!

—No te preocupes. Montaré una red de alta tensión en la puerta y los achicharraré a todos.

—¿Y si cortan la electricidad?

—No pueden. Ya sabéis que cada lámpara posee su propio centro energético, que le suministra una pequeña pila atómica. Pasó el tiempo de las viejas centrales eléctricas.

—¡Eres un verdadero tesoro, muchacho! —exclamó el polaco.

Habían apenas avanzado unos pasos cuando de repente apareció ante ellos una mujer de cierta edad, que abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Quién les ha mandado aquí? —preguntó, recobrando la serenidad en seguida.

—¿Y usted quién es?

—Dana Veria, la directora del «gineceo».

—¿Ha habido muchas negativas?

—Están aisladas, para ser enviadas a la esfera de los almacenes.

José se estremeció.

—¿Sabe algo, señora… de María González?

—Sí. Ha resultado POSITIVA.

Hubo un corto silencio; después, cuando la mujer iba a decir algo, Ily, que se había adelantado, dijo;

—No sabes cuánto lo siento, preciosa; pero no rengo otro remedio.

Y la golpeó, propinándole un directo a la mandíbula y precipitándose a cogerla antes de que se desplomase.

—¿He hecho bien?

—Sí. Separémonos —dijo Mendoza—. Que cada uno vaya en busca de una muchacha que desee salvarse. Creo que el recinto de las NEGATIVAS es lo mejor para nosotros. Yo iré a ver a María… para decirle adiós antes de reunirme con vosotros.

Se separaron, y José, después de varias intentonas, logró descubrir un cuadro en la pared donde estaban reseñados los datos de los dormitorios y los nombres de sus ocupantes.

Momentos más tarde se detenía ante una puerta, pulsando el timbre con una emoción tremenda.

Una muchacha rubia abrió la puerta.

Se sorprendió visiblemente, ya que no esperaba, ni mucho menos, una visita masculina; pero, sonriendo casi inmediatamente, se hizo a un lado, abriendo totalmente la puerta.

En seguida vio a María.

La joven estaba de espaldas, peinando su larga cabellera endrina ante un espejo. Ella también le vio reflejado en la tersa superficie del cristal.

Volvióse velozmente, con las mejillas empurpuradas y se lanzó hacia él, abrazándose fuertemente y acallando sus sollozos contra el fuerte pecho del hombre.

—¡José! ¡Sabía que vendrías! Estaba segura de que ninguna de las Leyes estaba contra nosotros dos.

Él le acarició los cabellos; después, separándola dulcemente de su pecho, dijo:

—Vengo a decirte adiós, María.

Ella le miró con una luz de duda en sus hermosas pupilas.

—¿Qué clase de tonterías estás diciendo, querido?

Tragó él saliva, palideciendo, con una visible dificultad para decir la verdad.

Pero no había más remedio.

—Soy un NEGATIVO, María…

Ella retrocedió, llevándose las manos a la boca, como si desease a toda costa reprimir el desgarrador grito que pugnaba por salir de su garganta.

Permaneció contemplándole unos instantes, con una expresión de dolor que estaba impresa en su rostro como un estigma imborrable. Luego, de repente, volvió a abalanzarse hacia él, cogiéndolo fuertemente entre sus brazos.

José había dejado caer los suyos a lo largo del cuerpo, en una actitud pasiva.

—¡No me importa que seas un negativo, amor mío! ¡Iré contigo y nadie se atreverá a separarnos! ¡Nunca!

Él intentó convencerla.

—No digas eso, María. Ellos saben más que nosotros. Yo sólo deseaba verte… por última vez.

—¡No! ¡Jamás me separaré de ti! Y si te escapas, si me huyes, demostrando que no me quieres, me mataré.

Mendoza se sentía infinitamente feliz; pero, por otro lado, no

estaba dispuesto a sacrificar egoístamente a aquella mujer.

—Me voy, María. La alarma puede sonar de un momento a otro.

—¡Yo me voy contigo!

No pudo hacer nada para disuadirla de su locura. Y cogidos fuertemente por la mano, recorrieron los iluminados pasillos hasta llegar al punto donde estaban concentradas las NEGATIVAS.

Ily y los más ya habían logrado plenamente sus propósitos.

Todas las pobres criaturas encerradas allí fueron puestas en libertad. Y siguieron a los hombres hacía el «androceo», sin que tuviesen ninguna dificultad en llegar. Fuera de los dos «robots» que seguían en el suelo, destrozadas sus lámparas-antenas, no hallaron a nadie que se les opusiese.

Una vez en el «androceo», José volvió a cerrar la puerta y envió a sus amigos en busca de todos los NEGATIVOS que encontrasen. Después, reunidos, llegaron a la conclusión de que debían atrincherarse allí, en el «androceo», defendiéndose como fuese contra la violenta reacción que el comandante de la espacionave lanzaría, sin duda alguna, contra ellos.

Tuvieron la suerte de comprobar que los POSITIVOS se hallaban en la planta baja, completamente aislados del resto.

José se hizo abrir y llamó a Pierre.

—Vengo a decirte que nos hemos sublevado contra las Leyes. Tenemos en nuestro poder a todas las mujeres NEGATIVAS. Y todos los NEGATIVOS estamos unidos por el mismo ideal. Si no os movéis de aquí, no os haremos nada; pero si, por el contrario, intentáis ayudar a las autoridades, no dejaremos ni uno de vosotros vivo.

Pierre asintió, permaneciendo separado de su interlocutor.

—No nos moveremos de aquí —dijo.

Y cuando Mendoza se reunió nuevamente con sus amigos dijo:

—Creo que las cosas nos han salido mucho mejor de lo que pensábamos. Teniendo a los POSITIVOS como rehenes, no se atreverán, como he llegado a temer, a separar nuestra esfera, lanzándola al espacio.

Montaron una guardia en la puerta principal, donde José instaló una red de alta tensión. Poco después media docena de «robots» que había enviado el coronel ardían como teas en el pasillo.

—Ya empiezan a actuar —dijo Ily.

—No te preocupes. Si se ponen un poco pesados, les

amenazaremos con matar a los POSITIVOS. Y eso no les conviene.

Poco después, en efecto, los altavoces empezaron a vibrar, requiriendo silencio.

* * *

John Morrison tiró el cigarrillo en el «pulverizador» más cercano; luego, volviéndose a Limmer, dijo:

—Voy a hablar a esa gentuza. Y les daré la lección más grande que han recibido en su vida.

—Están doloridos, señor —dijo el joven—. Creo que se les debía haber examinado más detenidamente en la Tierra.

—¿Qué clase de tonterías está diciendo usted? En la Tierra apenas si tuvimos tiempo para coger los hombres y mujeres que necesitábamos. Las áreas contaminadas eran cada vez más extensas y la probabilidad de encontrar individuos totalmente «puros» eran relativamente pequeñas y cada vez más difíciles. Por eso nos contentamos con análisis profundos, pero no definitivos. Todos sabíamos que íbamos a cargar con gente contaminada; naturalmente que se trata de una clase de contaminación muy pequeña; pero, no obstante, definitiva para lo que a la herencia se refiere.

—¿Y cómo solucionar este feo asunto? Esos NEGATIVOS están verdaderamente desesperados y son capaces de todo.

—¡Ya les enseñaré yo a obedecer! Pensaba permitirles una vida tranquila en una de nuestras esferas auxiliares, completamente separados del resto, que podría circular a su antojo; pero los culpables pagarán cara su osadía.

En aquel momento penetró Mak-I y el comandante se volvió hacia él.

—¿Lograste que penetraran en el «androceo»?

—No. Uno de los negativos montó un dispositivo de alta tensión. Otros seis «Mak» han dejado de ser.

—¡Malditos!

Y se precipitó hacia los micrófonos.

—¡Escuchad! —gritó—. Me dirijo a los que, sin ningún derecho, han violado las leyes que se habían promulgado para el «Columbia». Nosotros hemos confiado en que la honradez y el espíritu de

sacrificio reinasen sobre los demás sentimientos, ya que todos deseamos colocar nuestro grano de arena para que la «Humanidad-2» sea una realidad. Vosotros, olvidando todo lo que debéis a los que os permitieron hollar esta astronave, habéis infringido las leyes y causado ya graves daños materiales.

»Mi paciencia tiene un límite y no estoy dispuesto a soportar ni un instante más a los que, desagradeciendo la oportunidad que les brindamos, atenían contra lo que hemos de considerar más sagrado: la supervivencia de la «Humanidad-2».

»Habrá un castigo ejemplar para los culpables directos; pero, para el resto, nos limitaremos a demostrarles que no pueden repetir una acción como ésta.

»Tenéis dos minutos para decidiros. Si no abrís las puertas a nuestros «robots» cortaremos el «eje-pasillo» que os une a la espacionave, impulsaremos la esfera del "androceo", proporcionándole una aceleración suficiente y os lanzaremos al espacio… Mi reloj empieza a contar.

Guardó silencio, volviendo el rostro hacia su ayudante, como si desease buscar una conformidad a lo que acababa de decir.

De repente, la voz de los altavoces sonó potente.

—¡Te contestamos, coronel Morrison! Soy José Mendoza, el único responsable de todo lo que ha pasado.

El coronel se acercó a los micrófonos y dijo:

—¡Te escucho, Mendoza! ¿Vas a abrir las puertas?

—No. Y no te hagas el fanfarrón, coronel. Antes de que digas nada has de saber que tenemos a todos los POSITIVOS en nuestro poder. Si desprendes nuestra esfera… ¿qué será de tu hermosa «Humanidad-2»?

Hubo un corto silencio, pesado como una losa.

Morrison tragó saliva con dificultad; luego, con voz ronca, preguntó:

—¿Cuáles son tus condiciones, Mendoza?

—Muy sencillas. Inmunidad completa para todos los NEGATIVOS. Queremos una esfera donde vivir con nuestras mujeres, con las que contraeremos matrimonio legal hasta que muramos…

—¡Pero eso no puede ser! ¿Y vuestros hijos? ¿Has olvidado que nacerán contaminados?

—No. No lo he olvidado. Nuestra esfera puede estar incomunicada con el resto de la espacionave. Jamás uno de nosotros pasará a las otras esferas, ni nadie de las otras penetrará en la nuestra.

»Lo que no puedes hacer, coronel, es condenar así como así a una gente que tiene el mismo derecho a vivir y ser feliz que el resto de tus miembros POSITIVOS. Querías encerrarnos, hombres a un lado y mujeres a otro, hasta que muriésemos. Querías hacer lo que te han consentido los sabios contaminados de tus laboratorios. Pero nosotros no estamos dispuestos a consentirlo.

Morrison apretó los puños, sin decir nada.

La voz del mejicano se dejó oír de nuevo:

—Te damos cinco minutos para que aceptes sin reservas nuestros deseos. A partir del quinto minuto consideraremos que nuestra oferta ha sido denegada… Y empezaremos a matar a los POSITIVOS. Así, mi querido coronel, tu «Humanidad-2» no habrá existido más que en la calenturienta imaginación que la creó… ¡Empiezo a contar!

Morrison cortó los micrófonos.

—¡Canallas! ¡Yo no sabía que tenían a los POSITIVOS en su poder! ¡Es un repugnante chantaje!

Permaneció unos instantes frotándose el mentón; después, con una sonrisa maligna, se volvió hacia Limmer.

—Está bien. Vamos a ceder, al menos por el momento. Pero cuando los tengamos en su esfera ¡los lanzaremos al espacio!

—NO.

Se volvieron ambos hombres, sorprendiéndose al comprobar que era el «robot» quien había hablado.

—¿Has sido tú, Mak-I, quien ha dicho «no»?

—Sí, comandante.

—¿Puede saberse quién te ha autorizado a hablar?

—Mak-I no debe pedir permiso para hablar. Fue hecho para tomar determinaciones sin ayuda de nadie dentro de la L. B. H.

—¿Qué significa eso? —inquirió Limmer.

—Ley de Bondad Humana. El profesor Tummer lo hizo, siguiendo las instrucciones de la Junta Universal para la «Humanidad-2». Se deseaba un «robot» capaz de evitar que los hombres se desviasen hacia el mal.

—Eso es, coronel —corroboró Mak-I—. Por eso, precisamente, he de impedir que usted engañe a esos hombres. Si falta usted a su palabra y comete la locura de mandarlos al espacio, yo, Mak-I, y los otros Mak destruiremos el «Colombia».

—¡Es inconcebible! —aulló Morrison—. ¡Una revuelta de máquinas!

Pero se veía, a pesar de su cólera, que estaba definitivamente vencido.

* * *

Después de que los «robots» trasladaron el hospital y clínicas médicas a la esfera central, se habilitó aquella primera para dar cabida a los NEGATIVOS.

¡José Mendoza había triunfado!

Los «robots», mandados por Mak-I, fueron los encargados de suministrar, una vez al mes, los alimentos y cuando necesitaban los contaminados. Como los Mak habían sido construidos con material anti-rradiactivo, no había peligro alguno de que se contaminasen al visitar a los NEGATIVOS.

Pero las sólidas puertas del «eje-pasillo» que conducían a la esfera destinada a José y sus amigos fueron reforzadas doblemente, haciendo imposible el paso en cualquiera de los dos sentidos.

La «Humanidad-2» podía empezar a desarrollarse sin peligro alguno, sin que la menor contaminación les llegase.

Morrison pudo considerarse completamente tranquilo y, poco a poco, olvidó la existencia de los desterrados, a los que terminó por ignorar por completo.

Igual ocurrió con los POSITIVOS. La felicidad, la alegría y toda clase de facilidades les sonrieron, haciéndoles rezumar de dicha y de abundancia. Al principio, cuando pasaban por la esfera central, dirigían tímidas miradas a la colosal puerta que conducía al mundo de los NEGATIVOS, a la esfera que se había de llamar de los «DESTERRADOS».

Luego, más tarde, también olvidaron que detrás de aquella puerta y muchas más, al otro lado del pasillo, vivían seres humanos que la inefabilidad de la ciencia había condenado a la muerte y la monstruosidad.

¿Qué les importaba, después de todo, lo que ocurriese al otro lado de aquel «eje-pasillo»?

Quizás uno de los que tardaron más en olvidar a los NEGATIVOS fue Pierre Denois.

Durante mucho tiempo no dejó de lanzar una mirada hacia la puerta, del brazo de su esposa y, sin poderlo evitar, se estremecía cada vez.

—¿Qué te ocurre, querido? —le preguntaba ella.

Él jamás decía la verdad, hasta que un día su mujer, deteniéndole ante la puerta, dijo:

—Ya lo entiendo, Pierre. Piensas en ellos. Tú estabas en el mismo dormitorio que el célebre Mendoza, ¿verdad?

—Sí.

—Yo estaba con María, la única POSITIVA que no está con nosotros.

La mujer de Denois era Denise Vermont.

* * *

José salió de la segunda planta, donde había instalado la clínica, y descendió utilizando uno de los ascensores, hacia la planta baja, donde sus compañeros le esperaban.

—¿Hay novedad? —inquirió el polaco.

Mendoza movió la cabeza de un lado para otro.

—No, nada aún.

Estaban ante la puerta principal.

—¿Han traído ya la comida de este mes?

—No tardarán mucho.

José tomó al polaco aparte.

—¡Estoy nervioso como nunca lo he estado, amigo mío!

—¿Porque vas a ser padre?

—¡Entiéndelo bien! Dentro de unas horas, cuando mi hijo nazca, será el hombre más dichoso de la espacionave o el más desgraciado. ¿Te imaginas si mi hijo es un monstruo? ¡Hemos olvidado que somos NEGATIVOS, Ily! ¡Hicimos una barbaridad al olvidarlo!

—¡No pierdas las esperanzas, José!

El mejicano miró hacia la puerta.

—¡Es horrible, amigo mío! ¡Cuando pienso que al otro lado, al

final del pasillo, viven seres normales, felices, con hijos rosados y hermosos! ¡Cometimos un error, Dunowsky, y vamos a pagarlo bien caro!

SEGUNDA PARTE

«HUMANIDAD-2»

CAPÍTULO V

Pasó el tiempo…

Un siglo había transcurrido desde que el «Colombia» había salido del satélite artificial de la Tierra. Cien años durante los que había recorrido exactamente un tercio de su camino hacia el planeta del sistema de Alfa de Centauro.

Nadie quedaba ya de los que fueron los pioneros de aquel fantástico viaje; pero, siguiendo la Ley, los primogénitos habían conservado el nombre de su padre, exactamente, dejando la variedad y el capricho para los demás hijos.

Pierre Denois era ahora, además del descendiente del otro Pierre y de Denise Vermont, el comandante supremo del «Colombia».

Las cosas habían variado bastante en el interior de la espacionave.

Había sido nombrado un Consejo Supremo, que poseía poder para dictar las nuevas leyes, basadas en la antigua, que los hombres legislaron antes de que la astronave empezase el viaje.

«Gineceo» y «androceo» habían desaparecido, formando, con el resto de las esferas, la ciudad, como se le llamaba ahora. Y sobre ella, sobre los treinta mil seres humanos POSITIVOS que vivían allí, el Consejo y su presidente, Pierre Denois, ejercían una autoridad severa, destinada a mantener la «Humanidad-2» en todo su esplendor y preparando ya, casi, la tercera generación, la «Humanidad-3», que tendría muchas probabilidades de conocer el punto de destino de la espacionave.

Porque, debido a un procedimiento que había puesto en marcha el difunto coronel Morrison, la espacionave había adelantado, acelerándose, una enorme cantidad de espacio, lo que hacía pensar que llegaría a Alfa de Centauro alrededor de los doscientos veinticinco años después de la salida de la Tierra.

Los sabios que clasificaron a los primitivos humanos, separando los NEGATIVOS de los POSITIVOS, habían muerto. Y siguiendo las instrucciones de la Ley, su cubículo metálico había sido expulsado lejos de la astronave, perdiéndose en la inmensidad del espacio,

como una enorme tumba colectiva, que flotaría eternamente, recorriendo la más fantástica de las órbitas.

Pierre sonrió al ver cómo Christiane ascendía por la escalerilla metálica que conducía al puesto de mando. Se acercó presuroso para darle la mano y ayudarla.

— Debes tener cuidado, querida.

Ella le sonrió a su vez y tomó asiento a su lado; luego miró hacia el otro lado de la cúpula transparente, donde las estrellas brillaban intensamente.

—He estado hablando con Dana —dijo.

Él frunció el entrecejo. Verdaderamente le molestaba aquella mujer que, por algo misterioso, había sido el único ser que sobrevivió a los demás.

Estaba arrugada, viejísima, pero no había duda de que lo que decía respecto a su edad era una gran realidad:

HACÍA CIENTO CUARENTA AÑOS QUE HABÍA NACIDO.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió él.

—Estuvimos reunidas muchas mujeres, escuchándola embobadas.

—¿De qué habló?

—Principalmente, de la Tierra antes de la Tercera Guerra Mundial… ¡Debió de ser un mundo maravilloso! Nos habló de los bosques, de los ríos, de las nubes, de las lindas ciudades y de sus felices habitantes.

—¿Habló también… de lo que pasó en el «Colombia»?

Ella bajó la cabeza, sonrojándose; luego, con un hilo de voz, afirmó:

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Nos contó lo que pasó; la rebelión de los Negativos, su asalto al antiguo «gineceo»; el rapto de las muchachas taradas. Oye, amor mío…

—¿Qué quieres, Christiane?

—¿Es posible que… esos contaminados vivan todavía?

Él se encogió de hombros.

—No puedo decírtelo, querida, porque no lo sé; aunque estoy completamente seguro de que han muerto todos. Al menos, esa solución sería la mejor.

—Eso mismo nos dijo Dana. Habló de los horrendos monstruos que serían los hijos de los contaminados… si viviesen.

—No debes preocuparte por eso, amor mío. Deben de haber muerto hace mucho tiempo.

—Entonces… ¿por qué Mak-I sigue llevándoles comida?

Pierre lanzó una risa breve y cortante.

—¿Haces caso a lo que pueda hacer una máquina medio destrozada? Los «robots», como te habrás fijado, están perdiendo toda la soltura que debieron de poseer cuando los crearon. El mismo Mak-I ya no es el mismo. Después de todo, Mak-I, como los demás «robots», obedecen órdenes que quedaron grabadas en sus cerebros electrónicos hace años. La fuerza de la costumbre les impide cambiar de actitud. Justamente, hace unos días, en el último Consejo, hablé de la necesidad de impedir que todas esas valiosas raciones se perdiesen inútilmente.

—¿Qué quieres decir?

—Que pienso prohibir a Mak-I que siga llevando comida a la esfera de los Contaminados.

Ella parpadeó intensamente.

—¿Y… si viven, Pierre?

—¡Es imposible, querida!

No quiso decirle, de ningún modo, que, por el contrario, era más que posible el que las horrorosas criaturas, nacidas de padres contaminados, hiciesen de aquella esfera un verdadero infierno. Temía que todo aquello la impresionase, y por el mismo motivo no le agradaba que la vieja Dana hablase del pasado a su mujer.

Hábilmente, después de un corto silencio, cambió de conversación.

—Mira, Christiane. Ya no vemos al Sol de la Tierra más que como una estrella. ¿Ves aquéllos cinco puntos brillantes, allí enfrente?

—Sí.

—Sigue la línea que forman los tres últimos…

—Ya lo hago.

—Continúa ahora y tropezarás, en la imaginaria prolongación de la línea que has trazado, con aquella estrecha pequeñita. ¿La ves?

—Sí.

—Es el Sol; el Sol de nuestros padres.

—¿El Sol? ¿Tan pequeño? ¿Tan insignificante?

—Hemos viajado mucho, querida. Hace muchísimo tiempo que abandonamos el Sistema Solar.

—¿Y la Tierra?

—Tendríamos que buscarla con telescopios especiales. Ni los que llevamos a bordo sirven para verla.

—¿Qué habrá ocurrido en ella, Pierre?

—No lo sé de cierto; pero, casi es seguro que nuestra raza está desapareciendo. No quedaron, según he oído, más que contaminados, cuya descendencia habrá sido sencillamente monstruosa…

Se detuvo, maldiciendo el haber llegado tan lejos. Se volvió hacia su esposa y acariciándola recomendó:

—No debes preocuparte por el pasado, querida; todos nuestros esfuerzos van encaminados al futuro.

—Ya lo sé —dijo dulcemente ella.

Salieron de allí, dirigiéndose hacia la esfera central, la que sus antecesores habían llamado de «Coordinación».

Los salones estaban repletos de alegres y bulliciosas parejas, que charlaban al son de la música, o jugaban, agrupados alrededor de las mesas.

Pierre dejó a su esposa al cuidado de unos amigos y regresó al puesto de mando. Inmediatamente llegado allí, pulsó el botón que servía para llamar al jefe de los «robots».

Mak-I no tardó mucho en presentarse.

—¿Qué quieres? —inquirió.

Denois dudó antes de lanzarse a fondo; le preguntó por cosas secundarias; luego, repentinamente, dijo:

—Escucha, Mak: tú sigues llevando comida a los contaminados, ¿verdad?

—Sí.

—Contéstame con franqueza: ¿están vivos?

Las células fotoeléctricas del rostro del hombre mecánico brillaron con intensidad; luego su voz, uniforme y átona como siempre, contestó:

—La Ley me prohíbe contestar a esa pregunta, señor.

—¿Cómo? ¿Qué estupideces estás diciendo? ¿Has olvidado que yo soy el comandante de la espacionave y que tengo derecho a

saber todo lo que se me antoje?

—No he olvidado nada, comandante. Pero la Ley que inscribieron en mi cerebro electrónico ordena que no diga nada de lo que pueda saber de los contaminados.

—¡Pero eso es absurdo! Imagínate que solamente hay media docena. Tú continúas llevando seiscientas raciones diarias, lo que constituye un gasto tremendo para las despensas de la astronave.

—Se dispusieron raciones suficientes para una población de tres mil personas, durante un lapso de trescientos años. Hay depósitos suficientes para todos y las reservas sintéticas están sin tocar, dispuestas para cualquier emergencia.

—¡Eso es cosa mía!

—Yo me limito a informarte, comandante.

La cólera dominaba a Pierre.

—¡Quiero que me digas lo que pasa en la esfera de los Contaminados! Si siguen viviendo algunos, está bien que les des de comer, pero si, como supongo, han muerto, es una solemne estupidez el acumular comida en un lugar donde, por la contaminación no podremos recuperarla jamás.

—La Ley me prohíbe decir nada.

—¡Vete al diablo, asquerosa máquina! ¡Ya tomaré yo mis propias iniciativas! Todo esto es culpa mía, ya que yo no debía rebajarme a hablar con una máquina medio estropeada como tú… ¡Haré volar el eje-pasillo y lanzaré la esfera al espacio!

El «robot» permaneció unos instantes en silencio; después, alargando una de sus manos invitó:

—Ven conmigo, comandante.

Pierre creyó que la máquina había cedido al fin, y sonrió triunfante. Siguiendo al «robot», pasaron a la parte baja de la esfera de proa, junto a lo que habían sido laboratorios de los sabios desaparecidos. Allí, la esfera estaba hueca, ya que las dependencias de los profesores contaminados habían sido lanzadas al espacio cuando el último de ellos dejó de existir.

Un pasillo metálico, por el que Pierre no había pasado jamás, apareció ante él. Al final del mismo, una tremenda verja de gruesos barrotes cortaba el camino.

—Mira —dijo el «robot».

Se acercó el hombre a la verja y miró hacia el otro lado.

No había más que una cámara pequeña y un «robot», sentado, que le llamó poderosamente la atención. Debía llevar allí muchísimo tiempo, ya que el polvo le había cubierto por completo, como a esos trastos que se amontonan en los graneros, abandonados por sus dueños, por inútiles.

Mak-I pareció adivinar los pensamientos de su acompañante.

—No está estropeado —dijo—. Te lo voy a probar.

Un rayo azulado brotó de la lámpara craneal del «robot». El otro, inmediatamente, se desperezó, con unos movimientos cómicos, poniéndose en pie y diciendo con voz sin acento:

—¡A tus órdenes, Mak-I!

—¿Qué hace ahí ese «robot»? —preguntó Pierre intrigado.

—¿No te has fijado en esa palanca que tiene al lado?

—Ya la veo.

—Bastaría que le ordenase que la moviese para que la esfera de mando, en la que estamos, saliese disparada, ABANDONANDO EN EL ESPACIO AL RESTO DE LA ASTRONAVE.

Un escalofrío recorrió la espalda de Pierre.

—¿Y si tú… dejases de existir?

—Todo está previsto. Ese «robot» está recibiendo constantemente las ondas que emite un órgano especial que fue colocado en mi cuerpo. En cuanto deje de recibirlas, su mecanismo especial se pondrá en marcha y bajará inmediatamente la palanca.

Una palidez cerúlea cubrió el rostro del comandante.

Se volvió, con el entrecejo fruncido, dándose cuenta de que sus antepasados seguían, a través de los «robots», mandando más que él a bordo del «Colombia».

Y los maldijo, con toda la fuerza de su despecho herido, deseando encontrar la manera de burlar aquella Ley.

«Lograré dominar a esa estúpida Ley, sea como sea», pensó.

Cuando regresaba a la esfera central, tropezó en el camino con aquella mujer a la que tanto odiaba.

—Me alegro de encontrarla, Dana. Justamente deseaba hablar con usted.

Dana Vería no era ya más que una momia arrugada, una criatura diminuta y encogida, cuyas manos temblaban intensamente.

—¿Qué deseas… de mí, Pierre? —balbució.

—Es muy sencillo. No quiero que vuelva usted a hablar con

nadie de la historia de la espacionave. ¡Estamos hartos de oír sus cuentos! Y tiene que tener en cuenta que las mujeres se horrorizan con las descripciones que hace usted de los contaminados.

Ella se le quedó mirando; luego, su desdentada boca esbozó una sonrisa.

—¡Je, je, je! ¿Les tienes miedo, eh, Pierre?

—¿Miedo? ¿A quién?

Ella pareció no oírle.

—Eres igual que tu padre. En cuanto supo que sus amigos eran NEGATIVOS empezó a temblar, mucho menos que yo ahora. Y, sin embargo, aquellos muchachos eran simpáticos, leales, humanitarios y llenos de bondad para con los desamparados de la ciencia.

—¡Todo eso son viejas historias de las que no quiero volver a oír hablar! Además, es mentira que mi padre tuviese miedo. Lo que deseaba era no mezclarse con los asquerosos contaminados…

—No debes tratarlos así, Pierre. Ellos, aunque desgraciados, son personas como nosotros. ¡Personas que pueden estar oyendo lo que dices de ellos!

—¿Qué estás diciendo, bruja? ¿Crees que vas a darme miedo?

—¿Más del que tienes, hijito? Sería difícil. No, no quiero infundirte miedo, sino decirte la verdad. Tú no conociste a José, ¿verdad? Era un muchacho muy listo, mucho más de lo que los que le conocimos suponíamos. En electrónica demostró lo que sabía, porque pudo adueñarse de la espacionave… y no quiso hacerlo. Seguro que habrá montado algún dispositivo para enterarse de lo que pasa aquí, o para que sus descendientes se enterasen… ¡Era un muchacho muy listo!

—¡Mientes, bruja!

Y avanzó amenazadoramente hacia ella.

—¡Cuidado, estúpido! José logró abrir cuantas puertas deseó. ¿Te imaginas lo que pasaría ahora si uno de sus descendientes, al oír que intentabas matarme, abriese la puerta y los contaminados penetrasen aquí?

Pierre retrocedió vivamente.

Estaba helado de miedo.

La vieja Dana se alejó tranquilamente, riendo en voz baja, sin volverse ni una sola vez, demostrando que estaba completamente segura de que Denois no intentaría nada contra ella.

* * *

En la antesala de la clínica de la maternidad, que había sido instalada en la parte alta de la esfera central, Pierre se paseaba nerviosamente, fumando cigarrillo tras cigarrillo, charlando a veces con los que, inquietos como él, esperaban las noticias que las enfermeras les darían de un momento a otro.

Uno de ellos, que había estado mirando el panorama de las otras esferas desde el ventanal, se volvió repentinamente, lanzando un juramento y haciendo que el resto de los que esperaban se volviesen hacia él.

—¿Qué te ocurre, Lenoir? —inquirió Pierre, acercándose a él.

—¡Que no puedo aguantar más! —Y señaló hacia el exterior—. ¡No sé cómo puedes consentir que arrastremos esa fábrica de monstruos! Intentamos olvidarla, pero, sobre todo en esta ocasión, es imposible dejar de pensar en ella… ¿Es que no te causa pavor el pensar en esa esfera, repleta de seres horribles y separada de nosotros por un corto pasillo? ¿Es que no piensas en la posibilidad de que uno de esos malditos «robots» se contamine con esas repugnantes criaturas y nos cause un mal que nadie pueda ya detener?

—Los «robots» fueron hechos de una sustancia especial, incontaminable…

—¿Tú qué sabes, Pierre? ¿Tomas acaso a nuestros antepasados por seres infalibles?

—Cálmate, Lenoir; nuestras mujeres pueden oírte.

—¿Y qué? Tú eres el comandante de la nave y debías haber tomado medidas para evitarnos estos temores. ¿Te agradaría ser el padre de un monstruo?

No pudo evitar el puñetazo de Denois que lo tumbó por el suelo.

—¡No vuelvas a decir eso… o te mataré!

Otros acudieron a separarlos.

—Tened calma —dijo uno de los que sujetaban a Pierre—. Es natural que estemos nerviosos. Y, además, parte de lo que ha dicho Lenoir es razonable. Debes hacer algo, Pierre.

—¿Crees que no lo he intentado?

Estuvo a punto de contar lo del pasillo, lo de la reja, lo del

«robot» cubierto de polvo y lo de la palanca.

Pero prefirió silenciarlo.

—Haré lo que sea —dijo desesperadamente.

—Te lo agradeceremos mucho —musitó Lenoir, que le tendió su diestra—; Y perdona lo que te dije antes, amigo mío; estoy sinceramente arrepentido.

Pierre estrechó la mano que le tendían.

Fue en aquel momento cuando el doctor Kabler asomó su cabeza a la puerta de la clínica.

—¡Comandante!

Pierre se volvió a los otros, con una sonrisa de triunfo.

—¡Ya soy padre! ¡La «Humanidad-3» empieza hoy!

El doctor le hizo pasar a un despacho.

—Siéntate, por favor.

—¿Ocurre algo? —se alarmó Denois.

El otro permaneció en silencio, tamborileando nerviosamente la mesa; después:

—¿Sabes lo que son las MUTACIONES?

—No.

—Son formas bruscas, que modifican inesperadamente la línea hereditaria.

—No entiendo.

—Procuraré ser más claro. Imagínate un padre y una madre, ambos morenos, con esa característica hereditaria «dominante»; es decir, que el color moreno «domina» a otros colores que pueden contener sus genes. De repente, después de tener dos o tres hijos con el pelo negro, nace uno pelirrojo.

—¿Es posible?

—Sí. Lo que ha ocurrido, sencillamente, es que un nuevo «gene», con una enorme fuerza, se ha impuesto, logrando una completa «dominancia». Hasta entonces estaba agazapado entre los otros genes. A esa inesperada y brusca aparición de un carácter hereditario que, hasta entonces, era recesivo, es decir, «débil», se llama MUTACIÓN.

—Perfectamente aclarado.

—Esas MUTACIONES pueden actuar de muchas maneras y no referirse, concretamente, al color del pelo. Pueden, en algunos casos, proporcionarnos sorpresas.

El otro tragó saliva con visible dificultad.

—No puedo ocultarte por más tiempo lo que ha ocurrido, Pierre. ¡Ha habido MUTACIONES en todos los nacimientos acontecidos esta mañana!

—¿Quieres decir las cosas claras, doctor?

—Sí. Eso es lo que deseo hacer desde que has entrado aquí. Escucha, comandante: TODOS LOS NIÑOS QUE HAN NACIDO… ¡SON MONSTRUOS!

CAPÍTULO VI

Reunió a los que con él esperaban en su propio despacho, en la esfera de proa, después de dar instrucciones concretas al doctor.

Estaba nervioso y ni siquiera se sentó, paseándose por la estancia como un león enjaulado, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Los otros le contemplaban en silencio, sin osar interrumpir, pero tan nerviosos como él, moviéndose incómodos y agitados en sus respectivos asientos.

—Es muy grave lo que tengo que deciros —murmuró al fin—; muy grave. Pero, ante todo, desearía que mis ideas se ordenasen, ya que por mucho que lo intento, no logro explicarme lo ocurrido.

—¡Por favor, Pierre! —dijo uno de ellos, incapaz de aguantar más preámbulos.

—Sí, ya sé que queréis saber; pero os aseguro que la verdad es sencillamente espantosa; ahí va: todos nuestros hijos son anormales.

—¿Eh?

Se habían puesto en pie y le miraban con los rostros desencajados y una palidez cerúlea en los rostros.

Por fin, uno de ellos, después de tragar saliva con visible dificultad, inquirió:

—¿Quieres decir que… estamos contaminados?

—¡Eso es, precisamente, lo que me tortura más!

—¡No puede ser!

—¡Es imposible!

—¡Estás loco!

—¡Silencio!

Se apoyó en el despacho, con los músculos de los dedos contraídos espasmódicamente.

—Callaos, por favor. Es necesario que no nos dejemos arrastrar por la desesperación y el desaliento. Tenemos que examinar bien las causas y llegar a una solución. Por desgracia, los profesores que podían aclararnos muchas cosas murieron hace muchos años,

—Pero, ¿cómo es posible? Nos examinaron detenidamente, con los aparatos más modernos, y llegaron a la conclusión de que éramos perfectamente POSITIVOS.

—Ya lo sé. Por eso debemos serenarnos y examinar las cosas detenidamente: Escuchad: una cosa no puede fallar y, antes que nada, debemos convencernos de que los sabios que nos examinaron no pudieron equivocarse en modo alguno. Somos, pues, POSITIVOS.

—¿Entonces? —inquirió uno de ellos.

—Dejadme seguir. Una vez estamos completamente seguros de que no estamos contaminados, hemos de buscar la causa de esta anormalidad que se nos ha presentado.

—¿Serán acaso nuestras mujeres?

—No. También estoy seguro de ello. Si los profesores no fallaron en lo que a nosotros respecta, no hay motivo para que errasen con ellas.

Uno exclamó:

—¡Cada vez lo comprendo menos!

Pierre sonrió. Acababa de encontrar la única explicación que tenía en pie.

—¿No habéis pensado en la esfera de los contaminados?

—¿Cómo pueden ser ellos los culpables de lo que ha ocurrido? Hay media docena de puertas, que jamás han pasado, ni ellos, ni nosotros.

—¿Y los «robots»?

—¿Pero no estaban construidos con material no contaminable?

—¡Bobadas!

Todos comprendieron que aquélla era la única explicación satisfactoria.

—No hay otra manera —dijo Pierre— de explicar esta terrible tragedia nuestra. Los «robots» han contaminado la astronave.

—¿Y no pudo ocurrir esa contaminación cuando estábamos mezclados con los NEGATIVOS?

—No.

—¿Por qué?

—Porque, sencillamente, en aquella época los contaminados lo estaban muy poco; eran casi tan normales como nosotros. Ahora, sin embargo, un siglo después, su esfera debe de estar repleta de horrorosos monstruos, de seres que contaminan de radiactividad todo lo que toquen. Esa fuerte contaminación ha sido la causa de que nuestros hijos naciesen como ellos.

—Pero… ¿no será ya demasiado tarde?

—No lo creo. La contaminación radiactiva no debe residir en nosotros: la prueba evidente es que ninguno de los pobladores de esta parte de la espacionave ha presentado estigmas, manchas y lesiones radiactivas. No, la contaminación ha debido hacerse directamente por los «robots-enfermera» que ayudan a los doctores en nuestra clínica. Todos ellos, como sabéis, se reúnen en la esfera de los «robots», entrando en contacto con los que están encargados de llevar los alimentos a los NEGATIVOS. ¡Por ahí ha llegado la contaminación!

—¡Debemos destruir a los «robots»!

—¡No debe quedar ni uno!

—¡Vamos ahora mismo!

Denois dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Silencio!

Se dominaron, volviendo a sentarse en sus asientos.

—Escuchad. Vosotros, ignorando ciertas cosas, estáis abocados al fracaso total…

Los miró, de hito en hito, sintiéndose más importante de lo que se había jamás sentido.

—Oíd bien. Cuando los hombres que forjaron la idea de la «Humanidad-2» crearon la espacionave, pensaron en lo que podía acontecer en tiempos futuros. Por eso prepararon los «robots» que, prácticamente inmortales, comparados con nosotros, IBAN A SER LOS ÚNICOS EN CONOCER TODO LO QUE PASASE A TRAVÉS DE LAS GENERACIONES QUE VIVIESEN.

»Crearon entonces la Ley. Los seres humanos del. «Colombia» debían respetarla POR LA FUERZA. Los creadores del magno proyecto deseaban que ninguna clase de violencia se realizase y así, además de los otros hombres mecánicos, de tipo evolucionado, pero corrientes, dieron vida a Mak-I; es él, en realidad, el dueño absoluto de la espacionave y de los destinos de los que en ella vamos.

»La Ley es especialmente severa: si la "Humanidad-2" o la "Humanidad-3", que serán las que vivan durante el viaje, degeneran hacia la maldad, Mak-I tiene orden de destruir la espacionave y no permitir que nadie llegue al planeta elegido en Alfa de Centauro.

»Un "robot" está aquí debajo, en los sótanos de esta misma esfera, esperando que Mak-I le dé la orden para impulsar una palanca. Y esta palanca hará probablemente que estalle una carga

atómica situada bajo los motores. Resultado: la espacionave quedará parada en el espacio, y los que hayan logrado escapar a los efectos de la horrible explosión morirán al terminarse los alimentos…

—¡Qué crueldad! —exclamó uno de ellos.

Estaban pálidos con las frentes llenas de un sudor que perlaba, haciéndolas brillar las tersas pieles.

—Yo también considero la Ley como algo tremendamente cruel —dijo el comandante—. Pero no tenemos más remedio que aceptarla, ya que estamos sometidos a ella.

»Lo que no pensaron los creadores del Proyecto fue en lo que acaba de ocurrimos. Seguramente los que fabricaron los «robots» olvidaron algún importante detalle técnico y no consiguieron el material incontaminable que deseaban.

»Así, de repente, nos hallamos ante una encrucijada que, aparentemente, no nos ofrece salida alguna. Mak-I no querrá ceder nunca y su pobre cerebro electrónico no será capaz de comprender la tragedia, que por culpa de sus congéneres, se ha producido. Eso sí, en cuanto se dé cuenta de que los niños nacidos aquí son anormales, sin ninguna excepción, considerará la expedición como un fracaso y, obedeciendo a algún principio de la Ley que le imprimieron en su mente eléctrica, hará saltar la astronave en pedazos.

—¡Estamos irremisiblemente perdidos!

—¡No hay salida!

—Dejad de lamentaros y seguid escuchándome. Desde que conocí la existencia del «robot» de la palanca, que Mak-I me hizo visitar personalmente, no he dejado de estudiar el problema. Y, aunque parezca mentira, creo haber encontrado la única solución.

Un brillo de esperanza lució en los ojos de los que bebían materialmente sus palabras.

—Todo se reduce a vencer a «Mak-I», a someterle, lo que, en otras palabras, significa, ni más ni menos, a revocar la Ley.

—¡Pero eso es imposible!

—No lo es. Mi plan es audaz y peligroso, ya que lo primero que tenemos que hacer es destruir el «robot de la palanca. Sin ese peligro, que es como una espada de Damocles, suspendida sobre nuestras cabezas, podremos imponernos a Mak-I.

—¿Cómo hacerlo? No tenemos armas y los depósitos están vigilados por los «robots».

—He pensado en Clark.

Sonrieron todos.

Clark, hijo de un contorsionista que había hecho las delicias de la generación anterior, había heredado la extraordinaria habilidad del padre y era, desde hacía tiempo, el director indiscutible del pequeño circo de atracciones que divertía, de vez en cuando, a los tripulantes de la astronave.

—Voy a por él —dijo uno de ellos.

Pero, antes de abandonar la estancia, se volvió y dijo:

—Deseaba hacerte una pregunta, Pierre.

—Tú dirás.

—¿Qué espera a los… niños que han nacido?

—Ya está pensado. Los enviaremos a la esfera de los contaminados.

—¿Y nuestras esposas?

—También he pensado en eso. El médico tiene instrucciones mías para que se les comunique, con el natural cuidado, que todos ellos han muerto.

* * *

Clark se sintió gozoso al conocer lo que se pedía de su habilidad. Después de establecer una guardia en el «eje-pasillo» que comunicaba con la esfera central, para evitar el ser sorprendidos por los «robots», descendieron, precauciosámente, hasta detenerse ante la verja de gruesos barrotes.

—¿No habrá células fotoeléctricas? —inquirió uno de ellos.

—Voy a verlo.

Pierre hizo una investigación previa.

El «robot» de la palanca permanecía, como de costumbre, inmóvil, en aquella absurda posición de «sentado», que no dejaba de darle una cierta apariencia humana, como un muñeco desarticulado.

Pierre tornó junto a los otros.

—No creo que haya ningún sistema de alarma —miró fijamente a Clark —: ¿Estás dispuesto a correr los riesgos?

—Sí.

Luego, con una sonrisa en los labios, se acercó a la verja. Parecía completamente imposible que un ser humano pudiese pasar entre los estrechos barrotes. Pero, como siempre, Clark demostró lo que servía el haber sido preriamente desarticulado por su padre, cuando era niño. Luchó un poco, su frente se perló de sudor helado; pero, después de varias intentonas, en medio del mayor de los silencios, realizó su más aplaudida proeza.

Verdad fue que los que le contemplaban no rompieron el silencio que guardaban celosamente, pero el brillo de sus miradas fue mucho más sincero que la más grande de las ovaciones.

Una vez al otro lado, Pierre, con el rostro pálido por la emoción, le pasó el martillo que había llevado consigo.

—Golpéale fuerte —dijo.

—No te preocupes.

Destrozó materialmente la cabeza del hombre mecánico. Después, sonriente y triunfante, tornó a pasar por entre los barrotes, repitiendo la hazaña.

—Ya está —dijo.

—Lo has hecho estupendamente —Pierre se volvió hacia los otros—. Dos de vosotros se quedarán permanentemente de guardia, aquí, con estos martillos. Si algún «robot» se acerca, aunque sea el mismo Mak-I… ¡hacedlo añicos! Todos hemos oído las hazañas de aquel contaminado llamado José Mendoza. Él sabía que la Ley prohíbe que los «robots» hagan daño a los humanos… ¡Aprovecharemos al menos esa parte de la Ley!

Abandonaron los sótanos de la esfera y se reunieron en el despacho. Todos estaban sonrientes.

—Ahora veremos hasta dónde hemos llegado —dijo Pierre.

Y pulsó el botón que prevenía a Mak-I.

Momentos más tarde, el «robot» aparecía en el despacho.

—Queremos hablar contigo, Mak-I.

—Está bien, comandante.

Pierre explicó al «robot» lo que había ocurrido, le culpó, sin ambages, de ser el responsable directo de aquel «escape» de contaminación, que procedía de la esfera de los NEGATIVOS.

Luego, rotundamente y con un gesto de cruel triunfo en los labios dijo:

—¡Y no vayas a amenazarme con tu estúpido compañero de la palanca! Le acabamos de destrozar la cabeza.

—Ya lo sabía —dijo sencillamente.

—¿Cómo? ¿Que sabías que habíamos destruido a tu compañero?

—Si. Todos los «robots» de la astronave estamos unidos por un circuito electrónico cerrado. Cuando uno desaparece, recibimos claramente la impresión de su falta.

—¿Y no hiciste nada para evitarlo?

Mak-I permaneció unos instantes en silencio; luego, con su acostumbrada voz átona dijo:

—No. Me he dado cuenta de que sois vosotros los que tenéis razón. La Ley se ha equivocado.

—¿Y no sabes que queremos destruiros, por culpables?

—No es necesario. Nos retiraremos a nuestra esfera y no volveremos jamás por aquí.

Pierre no pudo ocultar su salvaje alegría.

—¡Estupendo! ¡Has encontrado la mejor solución! ¡Ya puedes irte a tu esfera, asqueroso monigote!

—Hay algo que deseo pedir antes, comandante. Si no lo haces, nos saltaremos la ya inútil Ley y lucharemos contra vosotros. No olvides que tenemos las armas en nuestro poder.

Denois se quedó sin habla, percatándose de que los que en aquel momento consideraba vencidos poseían aún algunos ases en la mano.

—¿Qué quieres? —inquirió, con un falso tono despectivo en una voz que temblaba de miedo.

—Raciones suficientes para los contaminados. Antes de retirarnos, daremos la comida a estos hombres para el resto del viaje.

—De acuerdo. Además, me has hecho recordar una cosa. Habrás de llevar a los negativos los niños que han nacido hoy. ¡Qué importa que la esfera contenga unos cuantos monstruos más!

—Así lo haré.

Aquella misma noche —regida por el sol artificial que flotaba sobre la esfera central— los «robots» transportaron, sin descanso, los víveres para los contaminados. Hacia el amanecer, ya habían terminado su labor. También llevaron hasta la esfera de los NEGATIVOS a los bebés que habían nacido en la clínica de la

espacionave.

Luego, precedidos por Mak-I, más imponente y rígido que jamás, desaparecieron por el «eje-pasillo» que conducía hacia la esfera de los «robots».

Desde la central, Pierre y sus amigos, que habían seguido el ir y venir de los hombres-mecánicos, se sintieron completamente complacidos.

—¡Ya está! —exclamó el comandante—. ¡Ahora a vivir dichosos! ¡Ya veréis cómo nuestros hijos nacerán normales, ya que hemos suprimido la asquerosa contaminación! Y, si se nos antoja, haremos lo que estoy pensando… ¡ROMPEREMOS LOS EJES- PASILLOS QUE NOS UNEN A ESAS DOS ESFERAS, HACIENDO IMPOSIBLE TODO ASOMO DE CONTAMINACIÓN!

Y así lo hicieron, en aquel amanecer falso del sol central.

CAPÍTULO VII

Al año siguiente, cuando los POSITIVOS contaban plenamente con un triunfo completo sobre la contaminación, nacieron nuevamente niños monstruosos, sumiendo en un pánico indescriptible a todos los que ya poseían la seguridad de la victoria.

Por otra parte, la falta de los Mak, que habían hecho de la vida de aquellos seres privilegiados algo verdaderamente señorial, realizando todas las labores manuales, había creado necesariamente una clase servil que miraba con muy malos ojos el ocio de los demás.

El mandato de Pierre Denois estuvo a punto de caer; pero, para su fortuna, logró rodearse de un grupo egoísta, movido por el deseo de seguir gozando de los privilegios anteriores y la sublevación servil fue ahogada, costando a los rebeldes una buena docena de muertos.

La estructura misma de la sociedad POSITIVA cambió desde entonces.

Pierre impuso un mandato rígido, dictatorial, en el que empezó a desarrollarse un juego innoble de «favoritos», que gozaban de todo, pero que se veían abocados, al menor error, a engrosar las filas de la clase servil, encargada de todos los rudos trabajos que, en otros tiempos, hacían los «robots».

Muchos eran los que miraban, desde los ventanales de las esferas, aquella que flotaba detrás y donde los Mak habían sido confinados, después de romper el «eje-pasillo» que les unía con ellos. También habían roto el puente que unía con la esfera de los NEGATIVOS, de los que no se había vuelto a saber nada desde hacía más de un siglo.

Denois se paseaba, inspeccionándolo todo, rodeado de sus guardaespaldas, elegidos entre los más fuertes de los POSITIVOS.

Por orden suya, los recién nacidos —todos ellos anormales— Habían sido «retirados de la circulación» y encerrados, junto con las mujeres de la clase servil que los atendían, en la cúpula de lo que había sido, en otros tiempos, el «gineceo».

Los viejos amigos de Pierre, aquellos que le ayudaron a suprimir

el «robot» de la palanca y a expulsar a Mak-I y los suyos de la espacionave, formaban un Consejo, que él mismo presidía. Y sólo en las reuniones que tenían se hablaba claramente, sin ambages, de la horrible situación en la que habían caído.

Aquella tarde, cuando el falso sol de la esfera central empezaba a declinar, oscureciéndose lentamente, estaban reunidos en la esfera de proa, para escuchar un proyecto que uno de ellos, Gerald Plantes, francés de origen como Pierre, deseaba presentar al Consejo.

Un servicio de vigilancia, como siempre, se montaba en el «eje-pasillo» que conducía a la esfera-motor, ya que allí estaban situados los aparatos que propulsaban al «Colombia».

Se hizo un silencio profundo cuando Plantes se levantó.

—No quiero ocultaros —dijo—, por archisabida, la situación definitiva de la «Humanidad-3». La cúpula del antiguo «gineceo» está repleta, abarrotada de criaturas deformes, monstruosas, que demuestran que la contaminación, que intentó valientemente detener nuestro presidente, se ha adueñado de nuestros organismos. Por fortuna, según los doctores de nuestras clínicas, se trata de lesiones que no serán jamás aparentes en nuestros organismos y que, tarde o temprano, desaparecerán, permitiéndonos una descendencia normal.

»Visto que todos los proyectos de nuestros creadores han salido fallidos y que la «Humanidad-3», en la que ellos contaban como pobladora del planeta del sistema de Alfa de Centauro ha sido un completo fracaso, hemos de revisar nuestra conducta, ya que de nada serviría seguir obedeciendo a una ley que se ha derrocado por sí misma.

»He estudiado detenidamente el pavoroso problema que la contaminación nos ha planteado y os aseguro que ha sido francamente difícil llegar a una conclusión que satisfaciera a todos. Por fortuna, creo haberla encontrado.

»No debemos olvidar, antes de que os comunique mis proyectos, que somos, lo queramos o no, los dueños de la espacionave. Yo os hubiese propuesto, de haber sido posible, el lanzamiento al espacio de la esfera de los contaminados; pero, la carencia de armas, que como sabéis están ubicadas en la esfera de los Mak, junto con los explosivos necesarios, nos impiden tal solución. Por otra parte, aun

si tuviésemos los explosivos necesarios para desprendernos de ese repugnante centro de infección, que ha sido la causa de todos nuestros males, no podríamos llevar a cabo tal proyecto.

—¿Por qué? —interrumpió uno de los asistentes—. ¿Crees acaso, Gerard, que nos enterneceríamos ante esos monstruos responsables directos de nuestras cuitas?

—No, no me refiero a eso. Pero los explosivos podrían arrastrar con su fuerza el desprendimiento de la esfera de los «robots» que para nosotros sigue siendo el mayor de los tesoros.

—No lo entiendo —opinó otro de los reunidos.

—¡Las armas! ¿Sabemos acaso qué clase de vida encontraremos en el planeta hacia el que nos dirigimos?

Pierre sonrió despectivamente.

—¿Qué puede importarnos eso, Gerard? ¡Ninguno de nosotros lo conocerá!

Los ojos del francés brillaron intensamente.

—Yo me he levantado en esta reunión para demostraros lo contrario.

Un «¡oh!» general corroboró sus palabras. A partir de aquel instante, el interés se centuplicó y lo que parecían ser una de las tantas reuniones inútiles que se celebraban, se convirtió en la más importante, en la más maravillosa.

Aquellos hombres, cuyo corazón estaba repleto de amargura y desengaño, sintieron la espléndida perspectiva de abandonar para siempre la cómoda prisión, pero prisión al fin, que era la espacionave.

¡Pisar tierra!

Les parecía el más fantástico y deseable de los sueños.

—Por eso —prosiguió Gerard, con una sonrisa que demostraba su orgullo por el triunfo obtenido— necesitamos la esfera de los robots. Por ellos, ya que a pesar de todo, emplearemos a los Mak en nuestros trabajos suprimiendo focos de rebeldía que, inexorablemente, tienden a producirse en una sociedad como la nuestra y por las armas que, además de defendernos contra peligrosos desconocidos, harán de nuestro Consejo un instrumento apoyado en la fuerza y, por ende, estable.

»Sí, amigos míos. Voy a haceros unas preguntas, a las que no deseo que me contestéis, porque conozco vuestras respuestas de

memoria. ¿Para qué esperar que la astronave llegue a su lejano e ignoto destino? ¿Qué nos importa el planeta de Alfa de Centauro? Con una carga contaminada, como la de la "Humanidad-3", poco puede importarnos el destino.

»Sabemos, estamos completamente seguros, QUE LA TOTALIDAD DEL "COLOMBIA" ESTÁ CONTAMINADA. Por eso, abandonarlo es lo primero que debemos hacer. De una vez fuera de esta maldita tumba, que eso iba a ser para nosotros. Y no tenemos más que lanzar una mirada al espacio para ver los miles de cadáveres que nos siguen, atraídos por la fuerza de gravedad de la astronave. Esos cadáveres, que hemos ido lanzando a medida que se fueron produciendo nuestras bajas y que nuestros padres lanzaron, son el espectáculo más horroroso que nuestros creadores nos impusieron…

—¿Me permites una pregunta? —inquirió uno de ellos.

—Te escucho.

—Has hablado de nuestros cadáveres, de los que murieron de la «Humanidad-2» a la que pertenecemos y de nuestros antecesores, los de la «Humanidad-1». He mirado miles de veces hacia la esfera de los contaminados, sin poder descubrir un solo cuerpo que flotase fuera de ella. ¿Cómo es eso posible?

—No debe extrañarte, amigo mío. ¿Cómo quieres que esos monstruos, que han debido de llegar a un estado de degeneración inimaginable, se preocupen de sus muertos? Sólo has de pensar que, gracias a medidas que ha dictado nuestro presidente, se impedirá, A TODA COSTA, que los niños anormales que hemos confinado en la cúpula del «gineceo» puedan tener descendencia. Esa sabia medida impedirá que ocurra lo que, sin ningún género de dudas, habrá acontecido en la esfera de los NEGATIVOS. ¡Por eso llegó la contaminación hasta aquí! ¿Puedes imaginarte sin un gesto de asco los miles de muertos que se habrán podrido en las habitaciones y pasillos de esa esfera?

Hubo un silencio aprobatorio.

—¡Háblanos de tu proyecto, Gerard!

—¡Eso es! ¡Estamos impacientes!

—Ya voy a él, amigos míos. Demostrado ya que no nos interesa en absoluto el lejano planeta hacia el que se dirige el «Colombia», la solución surge por sí misma. Cambiemos el rumbo de la astronave

hacia cualquier sistema próximo y pongamos pie a tierra, disfrutando, como lo merecemos, de la fundación de un nuevo mundo del que, tengo la completa seguridad que barreremos definitivamente la contaminación.

Una ovación estruendosa acogió estas palabras.

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó Pierre.

Y cuando logró un silencio completo:

—Creo que nos estamos forjando absurdas ilusiones. Todos nosotros sabemos que la constelación más próxima al Sistema Solar de la Tierra es precisamente Alfa de Centauro.

—¡No! — gritó Gerard —Me he dedicado todos estos meses pasados a observar los alrededores con el telescopio de la torreta. ¡Estamos atravesando muchos sistemas secundarios, que los astrónomos de nuestros mundos de origen no llegaron a descubrir por la limitación de sus aparatos! ¿Por qué no detenernos en uno de ellos?

—¡Plantes tiene razón!

—¡Viva nuestro liberador!

Pierre reclamó nuevamente silencio.

—Por favor; cálmense —y dirigiéndose al orador—: Todo eso es formidable, Gerard; pero ¿quién de entre nosotros es capaz de entender el mecanismo que propulsa al «Colombia»?

—Yo —volvió a decir Plantes—. También me he preocupado de eso y he pasado muchas horas en la biblioteca del antiguo comandante, de tu predecesor.

—¿Cuándo crees que podremos cambiar el rumbo?

—Dentro de un par de días; en cuanto termine los cálculos que estoy haciendo sobre la situación del sistema más próximo,

—De acuerdo.

* * *

Celebraron un banquete, en el salón grande de la esfera central, para demostrar la alegría general por las noticias que, saliendo del marco de la última reunión, habían corrido como reguero de pólvora por toda la espacionave.

Reunidos por primera vez desde hacía mucho tiempo, «serviles» y «favoritos» brindaron por el triunfo de aquella pobre

«Humanidad-2», que deseaba ardientemente librarse del negro destino que había caído sobre ella.

Gerard Plantes era el héroe de la jornada y todos le vitoreaban, mostrándose orgullosos si alcanzaban a estrechar su mano.

Hacia la caída de la tarde, después de las libaciones repetidas y de los gritos roncos, el grupo director se dirigió hacia la esfera de proa donde, con toda solemnidad iba Gerard a modificar el rumbo de la astronave, dirigiéndola hacia un sistema próximo, al que no tardarían en llegar más de dos meses.

Plantes había demostrado la existencia de tres planetas en aquel sistema, cuyo sol, en verdad, parecía mucho más débil que el de los humanos terrestres; pero, de todas formas, mejor valía aquél que el otro, el lejano al que no llegarían hasta el siglo siguiente.

Pero, al llegar al extremo del salón central, en la planta baja de la esfera, se detuvieron estupefactos.

¡LA PUERTA DE COMUNICACIÓN ESTABA CERRADA!

De nada sirvieron las intentonas que realizaron durante todo aquel día; ni todo lo que hicieron en los días siguientes. La puerta no cedía, en modo alguno.

Al atardecer del cuarto día, cuando toda la población POSITIVA, concentrada ante la puerta, hacía esfuerzos desesperados para derribarla, algo tremendo ocurrió.

Pareció como si la espacionave, súbitamente herida por algo superior, salía lanzada, aumentando tan bruscamente su aceleración, que todos, sin ninguna excepción, cayeron sin sentido, amontonándose los unos sobre los otros.

Tardaron cerca de tres días en recobrar el sentido.

Pero ellos no se percataron hasta que, más tarde, comprobaron los calendarios electrónicos. Y aún entonces, les pareció todo aquello tan absurdo como fantástico.

Al recobrarse, se miraron los unos a los otros, asustados y pálidos, mirando después en derredor suyo, como si esperasen que la horrible catástrofe hubiese sido el final de un mundo metálico en el que tanto habían sufrido y soñado.

Pero, para satisfacción de todos, la espacionave parecía haber resistido perfectamente el colosal y misterioso empuje que había sufrido.

Seguido de sus hombres y sus amigos, Pierre se precipitó a los

ascensores que conducían a la cúpula de la esfera central. Cuando los aparatos se detuvieron en la última planta, todos corrieron en pos de Denois, comprendiendo lo que el comandante deseaba comprobar.

Al llegar ante la cúpula transparente que cubría totalmente la pared superior de la esfera, se quedaron blancos como el papel.

—¡Es imposible!

—¡Debemos de padecer una alucinación!

Pierre sudaba como si acabase de realizar un gran esfuerzo.

—¡No lo comprendo! —exclamó.

Porque, ante ellos, se ofrecía un espectáculo grandioso. Un doble sol, formado por dos estrellas gemelas, iluminaba el fabuloso planeta que ocupaba casi la totalidad del horizonte visible.

Y aquel planeta era COMO UN RECUERDO EMOCIONADO DÉ LA TIERRA.

Las nubes lo rodeaban parcialmente; pero, entre los jirones de aquella atmósfera, indudablemente rica en oxígeno, se entreveían en las masas azuladas de los océanos y las pardas de las tierras.

Las lágrimas acudieron a los ojos de todos.

En las otras esferas, el gentío había invadido las cúpulas y vitoreaba, loco de alegría, llorando, con gritos histéricos de las mujeres y sordas y emocionadas exclamaciones en los labios de los hombres.

Pero fue Gerard, al volverse para mirar hacia atrás, quien lanzó un grito de sorpresa.

—¡Mirad!

Se volvieron todos, descubriendo inmediatamente lo que había llamado la atención de Plantes.

¡Un «EJE-PASILLO» UNÍA LA ESFERA DE LOS ROBOTS A LA DE LOS CONTAMINADOS; UN PUENTE QUE NO HABÍA EXISTIDO HASTA ENTONCES!

Gerard se acercó a Pierre:

—¿Qué te parece?

—Francamente, no me lo explico.

—¿Quién habrá sido?

—¿A qué te refieres?

—Me estoy preguntando si han sido los contaminados o los robots, los que han construido el puente entre las dos esferas.

—¿Y dudas aún? —inquirió con burla Denois—. ¿Cómo puedes imaginar que esos degenerados hayan podido ser capaces de salir al espacio para hacer ese puente?

—Tienes razón. Entonces, todo es cosa de Mak-I.

—Sin duda alguna.

—¿Y lo que se hizo en la nave, acelerándola tan terriblemente? Porque no podemos dudar que estamos ya en ALFA DEL CENTAURO.

—¿Estás seguro?

—Sí. Aunque me parece que puedo explicar lógicamente lo ocurrido.

—¿Cosa de Mak-I también?

—¡Qué va! Lo que ha ocurrido, a mi manera de ver, es muy sencillo: todo estaba previsto.

—¿Eh?

—Sí. Pierre. La Ley, mucho más sabia de lo que nosotros imaginábamos, lo tenía todo estudiado. Así, ordenó que se cerrasen las puertas, no dejándonos penetrar en la primera esfera. Después, como ya tenía calculado, se produjo la aceleración final, que debía acortar notablemente nuestro larguísimo viaje.

—Creo que tienes toda la razón. Pero lo importante es que hemos llegado. Y que podremos organizar el nuevo mundo… ¡nosotros mismos! ¿No es maravilloso?

—Magnífico. Antes de dos horas estaremos ya en el planeta.

No se movieron de allí, observando, maravillados, las maniobras automáticas que iba realizando el «Colombia». Después de crearse una órbita elíptica, alrededor de aquel astro, empezó a descender, planeando, gracias a unas alas enormes que surgieron, inesperadamente, de los extremos de las esferas laterales.

—¿Te das cuenta? —inquirió Pierre—. ¿Todo estaba previsto?

—Sí. Es probable que nos dijesen que el viaje iba a durar tres siglos para medir nuestra disciplina. PERO ELLOS, LOS CREADORES DEL PROYECTO SABÍAN QUE LAS COSAS IBAN A OCURRIR DE ESTE MODO.

Minutos más tarde, los continentes eran ya perfectamente visibles y se pudieron dar cuenta de la extraordinaria belleza de aquel mundo que, en tantas cosas, se semejaba a la Tierra, que ellos no conocían más que por las películas en «relieve-color» que habían

proyectado en los salones de cine.

Finalmente, después de dar varias vueltas más al planeta, el «Colombia» se posó blandamente en una playa, junto a un mar tranquilo y sereno.

Un grito de entusiasmo se escapó de todas las gargantas.

CAPÍTULO VIII

Fue verdaderamente emocionante, cuando después de haberse posado sobre la fina arena, se pegaron los rostros en los ojos de buey, con los ojos muy abiertos, como si deseasen beberse de un solo golpe todo el espectáculo que se ofrecía ante ellos.

Después de aquellos instantes de emoción contenida, las gentes se lanzaron hacia las puertas, deseando contarse entre los primeros que ponían pie en aquel nuevo mundo que el destino les había deparado.

También se precipitaron hacia la salida Pierre y sus amigos, pero fue para detener a la loca oleada que corría hacia ellas.

—¡Deteneos! —gritó, así como sus amigos y colaboradores—. Todavía no sabemos si la atmósfera de ese mundo es respirable o nociva. Tendremos que hacer análisis.

—¿Cómo? —inquirió uno de los presentes.

—¡Eso es! —gritó otro—. ¿Quién de entre nosotros es capaz de entender de eso? ¿Cuántas escuelas habéis formado durante nuestro encierro en la astronave? ¿Cuántos especialistas hay?

—¡Tiene razón! —aulló otro—. ¡No os habéis preocupado más que de divertiros! ¡Las bibliotecas han estado abandonadas, los libros cubiertos de polvo! ¡Ésa es la preciosa «Humanidad-2» que habéis hecho!

Ni Pierre ni sus amigos pudieron contestar nada, ya que aquello era la triste realidad. Se habían fiado en los mecanismos maravillosos de la espacionave y, sobre todo, en la total suficiencia de los robots, que habían solucionado favorablemente cuantos problemas se presentaron en el curso del viaje.

—¡Ésa es la verdad! —gritó otro—. ¡Somos una humanidad de analfabetos! ¿Qué vamos a hacer en este planeta?

Fue entonces cuando la voz de los altavoces, que había permanecido muda en los últimos tiempos, se dejó oír.

—«¡ATENCIÓN, ATENCIÓN! ¡LA ATMÓSFERA DE ESTE PLANETA HA SIDO ANALIZADA POR LOS MECANISMOS ESPECIALES DE LA ASTRONAVE! PUEDEN ABANDONAR EL «COLOMBIA», ORDENADAMENTE. LOS ALMACENES SITUADOS EN LA ESFERA DE LOS ROBOTS CONTIENEN TODO LO

NECESARIO PARA LAS PRIMERAS INSTALACIONES…»

El gentío prorrumpió en gritos de entusiasmo y alegría.

Pero Gerard, acercándose a Pierre, le cogió fuertemente por el brazo.

—¡Ruega que se olviden de que quisimos destruir la esfera de los robots!

—¡Cállate, por favor!

Las puertas se estaban abriendo mecánicamente y las rampas surgían, como puentes levadizos, hasta tocar la fina arena de la playa.

Se lanzaron, hacia la tierra, llorando, arrodillándose en ella, cogiéndola a puñados y besándola.

Pierre esperó a que el entusiasmo se calmase un tanto. Después, subiéndose sobre los hombros de algunos de sus hombres reclamó silencio. Y al lograrlo gritó:

—¡Amigos! Hemos conseguido lo que nos proponíamos…

Algunos silbidos partieron de la multitud.

Y algunos gritos.

—¿Lo has conseguido tú?

—¿Olvidas que fuiste quien echaste a los robots?

—¿Y que querías destrozar su esfera?

De nada sirvió que Pierre enronqueciese. Le abuchearon y la cosa no quedó allí. Un grupo, de unos doscientos, más decidido, avanzó dispuesto a tomarse la justicia por su mano.

—Lamentamos manchar de sangre este planeta —dijo uno de ellos—; pero vas a recibir, tú y los tuyos, el castigo que merecéis.

Pierre y los suyos retrocedieron, asustados. Y cuando los otros llegaban junto a ellos, los altavoces volvieron a gritar.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Todo el mundo quieto!

Se volvieron, justamente para ver salir de la esfera de los hombres mecánicos a todos los robots, precedidos por Mak-I.

TODOS IBAN ARMADOS.

Se fueron acercando, hasta rodear parcialmente a los POSITIVOS.

Mak-I se acercó a Pierre y le dijo:

—Nadie te matará, porque la ley prohíbe el derramamiento de sangre. Va a bastar el castigo que recibirás dentro de poco.

Alguien gritaba ya y la atención general volvió a concentrarse en

la parte trasera de la espacionave.

Las puertas de la esfera de los NEGATIVOS se habían abierto…

Sin poderlo remediar, la gente retrocedió horrorizada, esperando ser testigos del espectáculo más horrible que pudiese ofrecerse a seres humanos.

Pero, cuando los primeros tripulantes surgieron de la esfera y luego los otros, hasta que no quedó ninguno, la emoción no había terminado de manifestarse.

¡TODOS ERAN PERFECTAMENTE NORMALES EN SU APARIENCIA!

Hombres, mujeres y niños, ejemplares magníficos y hermosos de la raza; individuos sonrientes, llenos de vida, plenos de salud.

Pierre no creía lo que estaba viendo.

Uno de los NEGATIVOS, acompañado de su esposa, una bella mujer de cabellos endrinos, que le caían sobre la espalda, se acercó a Pierre, mirándolo detalladamente.

— Es igual que el otro Denois —dijo a la mujer.

Llevaba el hombre un aparato colgado en el cuello y una larga antena le salía de una especie de mochila que llevaba a la espalda.

—¡Queridos amigos! —empezó a decir—. Leo en vuestros rostros la sorpresa de haber comprobado que los ocupantes de la esfera de los contaminados, como se la llamó siempre, sean los ÚNICOS SANOS DEL «COLOMBIA»; sin embargo, os diréis, fuimos nosotros los desahuciados…

Sonrió ligeramente.

—Todo lo que somos se lo debemos a un grupo de hombres que, demostrando serlo en toda la extensión de la palabra, no se amilanaron ante el destino que les prometía su constitución dañada por las emanaciones radiactivas de las bombas nucleares de la Tercera Guerra Mundial.

»En realidad, NINGUNO DE NOSOTROS, NINGÚN HOMBRE O MUJER DE LOS QUE SUBIERON A LA ESPACIONAVE, ESTABAN SANOS. ¿Cómo estarlo? La ilusión de los hombres que pusieron en práctica el proyecto, era tan inocente como magna y digna de encomio.

»¡Salvar a la Humanidad! Impedir que la horrenda locura de los hombres acabase con la semilla humana. Sin embargo, habían confiado demasiado en la ciencia, cuyos métodos no estaban aún lo

bastante desarrollados para combatir la profundidad de nuestra contaminación.

»Pero hombres valerosos, como mi padre, José Mendoza, como Ily Dunowsky, como Harry Tomber, como Van Veloeken; hombres como aquéllos fueron capaces de luchar para lograr que la Humanidad no se perdiese para siempre. PORQUE ELLOS SABÍAN QUE LA DIVISIÓN EN NEGATIVOS Y POSITIVOS ERA ABSURDA, hija de los precarios métodos de aquellos hombres de ciencia que embarcaron en el «Colombia».

»Y decidieron trabajar, luchar contra la maldición que había caído sobre ellos. Luchar sin ninguna clase de egoísmo, ya que ellos, personalmente, no podían esperar nada. Pero pensaron en la «Humanidad-2» y en todas las generaciones que posteriormente la seguirán.

»Sin embargo, los medios faltaban. La esfera de hospitales, que nos fue dedicada, se vació completamente antes de entregárnosla. Y cerraron las puertas para impedir que nadie saliese de allí.»

Fue entonces cuando alguien nos ayudó, de tal manera, que sin él no hubiésemos podido dar un paso hacia adelante. Mak-I, a nuestro requerimiento, no se limitó a traernos la comida, sino que trajo libros de las bibliotecas que vosotros no utilizasteis jamás, aparatos de los laboratorios que vosotros no empleabais. Y todo aquello que nuestros padres necesitaban para llenar las lagunas de una cultura superior, de una sabiduría que les faltaba.

»Fueron años de sacrificio, de pruebas, de experimentos. Naturalmente, los voluntarios no faltaban; porque, además de que se sabían condenados, deseaban colaborar en la salvación orgánica de una humanidad destinada a la desaparición.

»Se obtuvieron los primeros resultados con el nacimiento de niños normales. Y el triunfo fue tan rotundo que, al cabo de ocho años de trabajo, ningún niño manifestó poseer el menor rastro de contaminación.

»Pero no fue eso solo. Cuando expulsasteis a los «robots»; cuando, dando una prueba de maldad indecible, nos enviasteis a vuestros propios hijos, nuestros trabajos iban ya tan adelantados que hoy seríamos incapaces de reconocerlos entre los nuestros. ¡Son todos normales!

Un grupo de mujeres empezó a gritar, intentando romper la fila

de «robots» que protegía a los antiguos NEGATIVOS.

—¡Nuestros hijos! —gritaban.

—¡Silencio! —ordenó José por el micrófono.

Y cuando lo hubo logrado, prosiguió:

—Ya sabemos que vosotras, mujeres, no tuvisteis la culpa de que os separaran de vuestros pequeños. Os dijeron que habían muerto. No tengáis prisa ahora. Guardamos las fichas de todos ellos y muy pronto podréis abrazarlos.

Hubo una pausa.

—Quiero además, para que no quede ninguna duda sobre la labor que mis compañeros han realizado, deciros que el triunfo de hoy nos pertenece por entero.

»¡Mirad a ese hombre!

»Es el profesor Dunowsky, hijo del viejo amigo de mi padre. Él ha sido quien, en sus laboratorios de Física nuclear, ha hecho posible que el «Colombia» duplicase su aceleración, al principio y la multiplicase por mil, después, haciéndonos llegar a nuestro destino un siglo antes de lo previsto por los fundadores del proyecto.

»También fuimos nosotros, ayudados por los estudios de ese otro joven, el profesor Tomber, los que cerramos la puerta para evitar la locura ambiciosa y suicida de quienes os dirigían. Especialista en electrónica y radio, Tomber logró montar a distancia y con ayuda de Mak-I, nuestro colaborador inestimable, un sistema de escucha que nos tenía informado de cuanto pensaban y hacían vuestros «honorables» directores.

»Mak-I, al ponerse a nuestro lado, no cometió ningún error: una máquina no puede cometerlo. Y conste que, para todos nosotros, Mak-I y sus compañeros significan mucho más que otros que, sin merecerlo, poseen una naturaleza humana…»

Mak-I, al colaborar en nuestros proyectos, obedecía a la Ley que, dentro de las humanas limitaciones de los que la hicieron, no podía equivocarse.

»Ahora, para terminar, voy a exponeros lo que nos proponemos hacer. Vosotros —los «positivos»—, y perdonad que sonría, sin ningún afán de maldad, pero es que ese nombre me hace gracia, seréis recluidos en un campo aparte, hasta que nuestros técnicos médicos limpien toda contaminación de vuestros cuerpos.

«Respecto a los niños que vuestro comandante estaba dispuesto

a abandonar en la cúpula del «gineceo», pasarán a nuestras clínicas, hasta que estén definitivamente curados. Luego cuando padres e hijos estén completamente restablecidos y hayan demostrado los primeros una disciplina y espíritu humanitario evidentes, pasarán a formar parte de nuestra comunidad, entrando en la ciudad que nos disponemos construir inmediatamente.

Hizo una corta pausa.

—Hay— continuó—, desdichada, pero obligatoriamente, algunas excepciones. Aquellos que os han gobernado, sin preocuparse de nada, abusando de los poderes que les fueron otorgados por la Ley, serán concentrados, aparte de los demás. Eso no quiere decir que no sean curados como los demás: la contaminación es peligrosa, se halle donde sea; pero, para estos traidores hay un castigo: NINGUNO DE ELLOS VOLVERÁ A TENER DESCENDENCIA.

* * *

—¿Nombre?

—José Mendoza.

—¿Profesión?

—Comandante astronauta, jefe del «Colombia-234».

Una ovación resonó abajo, donde una inmensa multitud se había congregado.

Encima, sobre los pilares de la rampa de lanzamiento, el «Colombia-234» se levantaba, como un símbolo del poderío logrado en aquel planeta de Alfa del Centauro.

Sonriendo, después de aquella ceremonia que recordaba y conmemoraba otra perdida ya en la noche de la Historia, el comandante se acercó a los micrófonos que había en la tribuna:

—¡Amigos! Es inútil que os exprese la emoción que se ha apoderado de mí en estos momentos, al repetir las palabras que un lejano antepasado mío dijo en la Tierra, hace seiscientos años.

»Llevamos quinientos aquí, en este planeta que, en recuerdo del otro, hemos llamado, como una zona del viejo «Tierra-Nueva».

«Ninguno de nosotros hemos olvidado aquel planeta del que llegó, hasta aquí, nuestra especie, luchando denodadamente contra las lacras orgánicas y hereditarias que una locura humana, la última, sembró sobre el globo terráqueo.

»Hoy, seiscientos años después de aquella fecha en que el «Colombia» salió de la órbita del planeta de nuestros antepasados, nos proponemos volver allí. Olvidar todo lo que los humanos de buen corazón hicieron con nosotros es imposible. Hoy, que estamos dotados de medios poderosos, gracias a las enseñanzas que de ellos recibimos, podemos volver, con la intención, si es posible, de devolverles un poco del bien que nos hicieron.

Los aplausos sonaban todavía cuando la astronave no era más que un punto brillante en el espacio.

En su interior y en la cámara de mandos, José charlaba con sus compañeros.

—Debió de ser grande la emoción de nuestros antepasados cuando llegaron a Tierra Nueva; pero no creo que fuese mayor que la que yo experimento ahora… ¡Imaginad en las sorpresas que puede depararnos el regreso a la Tierra!

—Creo que muy poco agradables.

—Y, aunque así fuese, ¿qué importaría? Vamos a ayudar, con el propósito de hacer cuanto podamos por aquellos que tanto hicieron con nosotros.

—Pienso que estarán muy contaminados aún.

—Tampoco nos importa. Llevamos medicamentos y aparatos capaces de hacer nula cualquier lesión, por profunda que sea. Por algo nos hemos especializado en Genética. Dominamos las mutaciones como nadie.

—No confíes demasiado, José. Piensa en que han pasado seis siglos y que muchas cosas han debido de convertirse ya en herencia normal.

—¿Por qué eres tan pesimista?

—No lo soy; examino solamente lo que podemos encontrar en la Tierra. Nosotros tuvimos la suerte de atajar las mutaciones en su principio; pero, los terráqueos, si es que hay alguno con vida, deben de ser ciertamente poco agradables de ver.

—Me recuerdas, amigo mío, lo que leí de la historia del GRAN VIAJE; los llamados POSITIVOS pensaban aproximadamente lo que tú, de los que estaban encerrados en la esfera de los contaminados…

—También lo he leído. Y fui a ver el MUSEO DEL RECUERDO, donde se conserva el «Colombia» primitivo.

—¿Viste a los Mak?

—Sí. Están todos en una vitrina especial y, a la derecha, solo, el viejo Mak-I, cuya maquinaria electrónica dejó de funcionar hace sólo doscientos años.

—¡Fue estupendo ese Mak-I!

—Es curioso que ninguno de nuestros modernos «robots» pueda compararse con ése.

—Es que Mak-I fue único.

Una luz amarilla se encendió en la cabina.

—Nos aproximamos al Sistema Solar —dijo José—. ¡Y pensar que nuestros predecesores tardaron cerca de siglo y medio en llegar a Alfa del Centauro!

—Ellos no podían correr más aprisa. Fue a partir de las investigaciones de Dunowsky cuando se empezó a conseguir una velocidad superior a la de la luz, al canalizar los objetos alrededor de rayos de fotones.

Se habían acercado al visor y contemplaban, casi entero, el Sistema Solar de sus antepasados.

—¡Mira, ése es Plutón!

—Y aquel de los anillos, Saturno.

—¡Y Júpiter, el gigante!

José suspiró profundamente.

—¡Pobres mundos muertos! Si el Hombre hubiese dedicado todo su saber al bien, hubiera conquistado y poblado todos estos planetas que, sin él, siguen esperando a la raza que holle su suelo.

—Pero el Hombre no comprendió jamás eso. Prefirió utilizar su ciencia en la autodestrucción.

Callaron, mientras la espacionave iba frenando, permitiendo que viesen, con todo detalle, el desfilar de los planetas del Sistema.

—¡Marte! ¡El fabuloso! El que coló las historias de todos los antiguos escritores de anticipación. ¿De cuántas maneras no fueron imaginados los inexistentes habitantes del Planeta Rojo?

El «Colombia-234» empezó a crearse su órbita alrededor de la Tierra.

—¡Mirad! ¡Es como «Tierra Nueva»!

—Un poco más pequeño.

—Pero semejante en todo. Las nubes, el bello azul de sus océanos. Fijaos en el contorno de los continentes… Aquél es

América…

—Oye, José.

—¿Qué?

—Todavía no hemos pensado en qué punto vamos a aterrizar.

Mendoza entornó los ojos.

—Voy a pediros un favor. ¿Queréis dejarme aterrizar en la tierra de mis mayores?

—¿En Méjico?

—Sí.

—¡Con mil amores, amigo! Además, tú eres el jefe de la nave y nosotros no tenemos especial interés por ninguna zona de la Tierra.

Descendieron. En la serie de vueltas que describió la espacionave, antes de aterrizar, pudieron contemplar las ruinas de las grandes ciudades, que una vegetación salvaje había cubierto por completo, dejando asomar apenas algunas piedras.

—¡Pensar que aquí floreció una civilización esplendorosa!

—No te preocupes: encontraremos a los descendientes de aquellas gentes y les ayudaremos para que vuelvan a disfrutar de todos los bienes que nos legaron.

El «Colombia-234» pasaba, en aquellos momentos, sobre las azuladas aguas del Golfo de Méjico. Instantes más tarde, aterrizaba junto a una playa.

El corazón de José latió apresuradamente.

EPÍLOGO

Munk se desperezó; luego, después de aplastar las hormigas que jugueteaban sobre sus pies desnudos, irguió la cabeza, junto a las otras dos, que le salían de los hombros, más pequeñas y dotadas de un solo ojo, que apenas le servía.

Tampoco le servían los dos brazos que le habían salido del pecho y que, con los dedos soldados, apenas si podía utilizar para rascarse cuando tenía los dos normales utilizados.

Cogió la pesada maza de bronce, que no era más que la pata de una mesa, cogida en alguna desolada ciudad en ruinas y avanzó, bostezando intensamente y pensando, exclusivamente, en el desayuno.

El sol picaba fuerte, pero la piel rugosa de Munk parecía aislarle perfectamente de la energía de los rayos solares. Después de avanzar un centenar de pasos, se detuvo bruscamente, viendo asomar las largas orejas de una de las cuatro cabezas de una liebre que, además, tenía ocho pares de patas.

Pero, todo aquel mundo monstruoso, del que él formaba parte, no podía extrañar a Munk, que había nacido y moriría en él, víctima de algo que su salvaje y primitiva mente ignoraba y cuyas fórmulas habían sido corroídas por las ratas en las grandes bibliotecas abandonadas como las ciudades que las contenían.

Hacía ya mucho tiempo que la radiactividad había desaparecido; pero las lesiones germinales producidas en los primeros tiempos y no atajadas por ninguna terapia, se habían constituido en «caracteres dominantes», haciéndose normales.

Munk era uno de los muchos monstruos que vagaban por la Tierra; sobre un planeta que no vería jamás a seres humanos normales, cuya pérdida habían causado ellos mismos.

Munk avanzó lentamente hacia la liebre.

Conocía, por experiencia, la diabólica destreza de aquellos animales; pero él también manejaba portentosamente la maza que esgrimía en la mano derecha.

Y lo demostró.

El animal, con tres de sus cuatro cabezas destrozadas, no pudo

regir lo complicado de un cuerpo monstruoso y cayó, casi sin vida, en el suelo. Munk la remató de un golpe formidable, poniéndose a despellejarla casi inmediatamente.

Desconocía el fuego, pero aquello no tenía la menor importancia, ya que le gustaba extraordinariamente la carne cruda y empapada de la sangre caliente de sus víctimas.

Pensó en Tarale, su compañera y la sola idea de que apareciese en aquel momento, le impulsó a devorar la liebre a toda prisa.

Tarak, que también tenía tres cabezas como él, no poseía degeneración alguna en las laterales. ¡Y se necesitaba cazar mucho para poder calmar el hambre de aquellas tres bocas!

Fue entonces cuando oyó el prolongado silbido que llegaba desde el mar. Se subió a un árbol, de ramas ennegrecidas, donde empezaban a aparecer algunos brotes verdes y observó, con una curiosidad infantil, aquella especie de «cosa» brillante que se posaba blandamente junto al agua.

No tuvo miedo, porque ninguno de sus tres cerebros lo conocía. Así que, después de enterrar los restos de su comida, avanzó decididamente hacia la playa, escondiéndose, no obstante, para que nadie le viese.

Poco después, oculto detrás de unas zarzas, vio cómo surgía una rampa brillante y se abría, silenciosamente, una puerta corrediza. Tres seres, con una sola cabeza y de piel azulada, aparecieron allí.

Permanecieron largo rato allí, inmóviles, moviendo solamente los labios; después, cuando Munk iba a alejarse, aburrido, uno de ellos, después de estrechar la mano a los otros dos, avanzó resueltamente hacia donde él estaba.

Hasta los dos ojos adormecidos de las cabezas laterales se abrieron, tan grande fue su gozo.

¡Menuda presa!

Se encogió, haciendo lo imposible para que la criatura azulada no le viese. También oyó el tictac que brotaba de una especie de caja que aquel ser llevaba colgada de la cintura.

El recién llegado se volvió, gritando a los otros:

—¡No hay radiactividad, amigos! ¡Ya os lo decía!

—¡Espera, ahora vamos!

Y empezaron a caminar detrás del primero.

Munk sopesó rápidamente sus posibilidades. Contando con la

ventaja que el primero llevaba a los segundos, tendría tiempo de atacar a los tres.

¡Menudo banquete para Tarak!

Surgió cuando José Mendoza estaba a menos de dos metros de distancia. La maza describió un semicírculo, alguien gritó: «¡Cuidado!», detrás de él.

Pero ya era demasiado tarde.

La maza, impelida por la brutal fuerza de los brazos de Munk, destrozó instantáneamente el cráneo de Mendoza.

El monstruo avanzó hacia su presa, deseoso de despellejarla.

Pero, otro de los seres azules le había apuntado con una especie de linterna de la que brotó un rayo rojo.

Y Munk, cuando ya se arrodillaba junto a su víctima, cayó fulminado.

Los dos hombres se acercaron.

—¡Qué temeridad!

—¡Pobre Mendoza!

Señaló, uno de ellos, a Munk.

—¿Te das cuenta? ¡Fíjate hasta dónde ha llegado la contaminación! Jamás habrá seres normales en este planeta.

—¿Me ayudas a llevar a José?

—Sí.

Se alejaron, con el cuerpo de su desdichado compañero. Después, cuando la puerta se hubo cerrado, ellos, desde la sala de mandos, miraron, por última vez, la playa y el cadáver de Munk.

—Vamos —dijo uno de ellos—, JAMÁS VOLVEREMOS AQUÍ.

Y los reactores lumínicos se pusieron en marcha…

FIN

CASA DE COMIDAS

UNA «FICTION-HISTORY»

De LAW SPACE

El hambre es muy mala consejera…, pero, a veces, es mejor padecerla.

I

Me voy a presentar: Lam Trupez, para servirles; aunque, desdichadamente, de poco podrían utilizar la amistad de un hombre que, como yo, se ha pasado la vida recorriendo los Estados Unidos, en todos los sentidos, aprovechando esas líneas turísticas que ustedes, los cómodos burgueses, .llaman despectivamente vagones de mercancías.

Soy un vagabundo.

¿Hay algo malo en ello?

Cada uno de nosotros hemos nacido con una misión en esta vida. Y la mía, aunque ustedes esbocen esa sonrisa de incredulidad que tanto conozco, ha sido mucho más importante de lo que hasta yo mismo podía imaginar.

En otra época, cuando la Democracia, así, con mayúscula, poseía una significación real y tangible, me hubiesen colmado de honores y hasta —¿quién sabe?— me hubiesen nombrado presidente de los Estados Unidos. Pero ahora, en estos tiempos, el salvar a su país no tiene mucha importancia y, la mayoría de las veces, suele ocurrir

que le toman a uno por lo que a mí me han tomado.

La prueba: escribo estas líneas desde el manicomio local de una pequeña ciudad de Arkansas.

¿Que estoy loco?

¡Eso querría yo!

Todo sería, en ese caso, muchísimo más fácil. Y, sobre todo, no pasaría las horribles noches que transcurren con pesadillas tan atroces, que no dejo dormir a nadie en todo el establecimiento.

Claro que ellos empiezan por ponerme una camisa de fuerza; después, cuando mis gritos se hacen insoportables, me ponen una inyección de cualquier calmante, cosa que les agradezco lealmente, y me hundo en un sueño profundo, olvidando totalmente tolos los horrores de los que fui accidental testigo.

¿Que si he intentado explicarles lo ocurrido?

Estoy cansado de repetirlo; pero, ¡vaya usted a contarle cosas tan extrañas a un tipo que se ha pasado la mitad de la vida oyendo el producto de las alucinaciones de los dementes y de los alcohólicos sin salvación!

Se sonríen, toman notas, imprimen lo que digo en sus malditas cintas magnetofónicas… y lo archivan todo, esperando utilizarlo para «soltar el rollo» ante media docena de señores adormecidos en cualquier conferencia.

¡La reoca!

Y, sin embargo, yo sufro como un condenado, porque conozco el peligro que se cierne sobre ellos, sobre mis compatriotas, y después, sobre el resto de la Humanidad.

Pero ¿para qué decirles lo que ustedes saben mejor que yo?

Los humanos estamos hechos así y no habrá nada que nos cambie.

Conozco el edificio de las Naciones Unidas. Una de las últimas veces que estuve en Nueva York, con Tonny y Gary, fuimos a verlo. Es, francamente, tan imponente como feo. Allí, según he leído, se reúnen unos señores muy serios, que pasan horas, semanas y hasta meses para dilucidar si una islita, situada en el centro del río «no-importa-el-nombre», debe pertenecer a un país o al que está enfrente. O se pasan un invierno entero intentando contar los fusiles de cualquier país…

En fin, ustedes lo saben mejor que yo.

Y tendrán que darme la razón cuando, al final de mi relato, se percaten de la veracidad de mis palabras y opinen conmigo que esos señores debían dejar de perder lamentablemente el tiempo y dedicarse a estudiar «mi caso».

Porque, si no lo hacen pronto… YA NO TENDRÁN TIEMPO.

II

Tonny, Gary y yo éramos exactamente lo que suele llamarse, entre nosotros, «tres hermanos de ruta». Ustedes, que reciben en sus cómodos y lujosos domicilios a muchos amigos no pueden comprender lo que es un «amigo» de verdad.

Nosotros tres lo éramos.

Se es amigo, mis queridos señores, cuando se comparte todo: comida, bebida, sufrimientos, alegrías, sinsabores, gozos… y hasta parásitos. Cuando uno de esos simpáticos animalitos, que a ustedes les dan escalofríos de asco, ha picado la sangre de un compañero y se nutre después de la propia de uno, es indudable que se establece una especie de «corriente consanguínea» que, sin ninguna clase de duda, estrecha los lazos de una amistad que sólo entonces empieza a ser verdadera.

Pues bien, Tonny, Gary y mi «menda» recorríamos alegremente esos caminos de Dios, del brazo, como los TRES MOSQUETEROS DEL VAGABUNDEO. Y no vayan a creer que lo pasábamos mal. Éramos mucho más felices que muchos de ustedes, ya que no teníamos las preocupaciones y quebraderos de cabeza que proporciona una familia, un hogar y un trabajo, irremisiblemente mal remunerado.

Conocíamos de tal manera los cambios de nuestros queridos Estados Unidos, que hubiésemos podido dar más de una lección de Geografía nacional a muchos de esos tipos que se pasan la vida haciendo mapas.

¿Y de sociología?

El hablar con miles de personas, en diferentes Estados, a lo largo del año, nos hacía conocer los problemas de cada región, de cada

ciudad, de cada pueblo. Sabíamos del estado de las cosechas, de la calidad de los abonos, de la fabricación en cadena de aparatos de televisión, del avance en la construcción de pantanos, del progreso de la enseñanza mixta y de los problemas de discriminación racial en los Estados del Sur.

No es una broma afirmar que un buen presidente debía de vez en cuando, para conocer realmente el estado del país que dirige, consultar un poco a los vagabundos. Raramente encontraría mejores y más leales asesores.

Lo malo de nuestra «profesión» era el hambre.

No vayan a hacer caso —ya sé que no se lo hacen— a esos médicos que hablan de la bondad de los ayunos prolongados. Son unos «cuentistas» y ya quisiera verlos en nuestro pellejo, metiéndose en el cuerpo una veintena de millas al día… y muy poca cosa en el estómago.

De los tres, yo era el que más resistía con el estómago vacío, Tonny y, sobre todo Gary, eran glotones y no ha sido una sola vez la que he tenido que cuidarlos, a causa de alguna brutal indigestión. Gary era terrible.

Aquellos, entre nuestros amigos de la Ruta, que nos han conocido, pueden atestiguarlo. Todos ellos les dirán que Gary era un verdadero fenómeno y que no había otro, sobre los caminos de los Estados Unidos, capaz de vencerle ante una serie de platos rebosando hasta los bordes.

Eso perdió al pobre Gary.

Y a Tony.

Pero me salvó a mí.

Al menos, por el momento…

III

La cosa empezó en Toledo, en el estado de Ohio. Y terminó allí también.

Aquella tarde, llegábamos los tres, después de una caminata tremenda y agotadora, a las afueras de la ciudad.

Íbamos rendidos, hambrientos, sedientos y hartos de tragar millas. Además, Toledo no es una de las ciudades donde tengamos muchos amigos; pero, a pesar de todo, pensábamos en algunos pescadores, a los que conocíamos y que teman sus casas al borde del lago Erie y que, en otras ocasiones, nos habían auxiliado bondadosamente.

— ¡Me voy a comer hasta las raspas! —exclamó Gary detrás de mí, andando penosamente.

—Un poco de paciencia —repuse—. Tendremos que atravesar la ciudad.

Intervino Tonny entonces:

—No debemos pasar por las calles. Los «polis» no nos dejarán tranquilos. Y no tengo ganas de cenar una sopa en la celda de la prisión. Prefiero el pescado, como Gary.

—Indudablemente. Sois hombres inteligentes y tenéis necesidad de fósforo.

Gary se paró para respirar sonoramente.

—¡Uf! ¡No puedo más! ¿No podríamos pararnos un poco?

—Como quieras.

Nos sentamos, como de costumbre, al borde de la carretera.

Ninguno de nosotros amábamos el «auto-stop», ya que no hubiésemos logrado, salvo en raras ocasiones, encontrar a alguien que hubiese tomado a bordo a tres tipos como nosotros.

¡Da gusto la confianza que reina entre los humanos!

Gary se había tumbado. Tonny se puso en pie, sacudiéndose el polvo del camino y yo empecé a trabajar intensamente, reuniendo las colillas que llevaba repartidas por los bolsillos, con la intención de lograr liar un pitillo.

Acababa de encenderlo cuando Tonny dijo:

—¿Habéis visto ese barracón?

Miramos hacia donde nos señalaba y Gary, que se había incorporado penosamente:

—No estaba ahí la última vez.

—¿Qué será? —inquirí curioso.

—Voy a acercarme, mientras descansáis —dijo Tonny: y mirándome —: Guárdame un poco de tu pitillo, Lam.

—No te preocupes.

Se alejó y le seguimos con la mirada. Al fondo, delante de él, la ciudad se iba difuminando en la turbia luz del atardecer y las primeras luces hacían pensar en un falso cielo de amarillentas estrellas.

Fumé con cuidado, chupando flojo, para poder reservar un poco de la mugrienta colilla a Tonny.

Pero pasó mucho tiempo sin que nuestro camarada volviese.

—Vamos en su busca —dijo Gary, levantándose.

—Sí, es lo mejor —asentí.

Apenas habíamos empezado a andar, en la dirección por la que había desaparecido nuestro amigo, cuando éste reapareció, corriendo como un loco y gesticulando con los brazos, como si media docena de demonios le persiguiesen.

Miramos tras él, pero nadie había que intentase apresarle.

Nos habíamos parado, boquiabiertos y esperamos a que llegase hasta donde nosotros nos encontrábamos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Gary.

Tonny respiraba con dificultad y tardó casi un par de minutos en poder articular una sola palabra.

—¡Qué suerte, chicos! —fue lo primero que dijo.

IV

Luego nos contó, más tranquilamente, lo que le había ocurrido:

—Cuando me acerqué al barracón, tenía la esperanza de traeros algo para «matar el gusanillo»; al menos hasta que llegásemos a la casa de los pescadores.

»Me quedé mirando el letrero que habían pintado sobre la puerta: «JOE'S» —la casa de Joe, o «Casa Joe». Y debajo, en letras más pequeñas: «CASA DE COMIDAS».

»Ya podéis pensar cómo se me hizo la boca agua. Llamé, deseoso de obtener algo. Me abrió una mujer gruesa, con una cabeza pequeña, pero rebosando salud. Le di las buenas tardes y le dije si no tendría algunos restos de comida para mí y dos compañeros cansados y hambrientos.

»Me miró de arriba abajo y yo temí que me enviase a paseo. Luego, sonriendo, me hizo pasar y me habló con un acento extranjero:

»—Vaya a por sus amigos y dígales que vengan a comer. Pero, antes, dígame lo que desearían para la cena.»

Me quedé con la boca abierta, sin saber qué decir. Pero ella, con una amabilidad estupenda, me trajo el «menú», rogándome que le señalase, con un lápiz que me entregó, los platos que preferíamos.

»Tuve que agarrarme al borde de una de las mesas para no desmayarme, al recorrer la lista de las cosas que allí habían escrito. Y no quiero recordar ninguna, porque no deseo tener que llevaros en brazos, desmayados, hasta allí…

Intervine yo entonces:

—Pero, Tonny, ¿no le dijiste que nuestra fortuna se reducía a cero, coma, cero dólares?

—¡Claro que se lo dije! Creí que la pobre mujer, que acababa de instalar su casa de comidas, deseaba, a toda costa, cazar clientes. Y le hice ver, claramente y sin lugar a dudas, que nosotros, para nuestra tremenda desdicha, no podríamos formar en muchísimo tiempo parte de su honorable y pudiente clientela.

»De todas maneras y medio mareado por el delicioso olor que llegaba por la entreabierta puerta de la cocina, le propuse cualquier «trueque»: le cortaríamos la leña, le lavaríamos los platos, le pintaríamos cualquier habitación…

—¿Y qué te respondió?

—Que no aceptaba ninguna clase de trabajo servil. Que deseaba, lisa y llanamente, INVITARNOS A CENAR.

—¡Esa mujer debe de estar loca!

Gary, incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo, exclamó:

—¡Te ha tomado el pelo!

Intervine, fijándome más detenidamente en Tonny:

—¿No se habrá enamorado de ti, granuja?

—¡No! —repuso él, con fuerza, dispuesto a seguir defendiendo su independencia con toda energía.

Hubo una corta pausa.

—Además —dijo—, su marido estaba dentro de la cocina y ella me habló muy gentilmente de él.

—Eso me gusta más —dijo Gary.

Y volviéndose hacia mí:

—Bueno, ¿se puede saber lo que estamos esperando, Lam?

Me encogí de hombros.

Después de todo, no era aquélla la primera vez que nos pasábamos trabajando una semana para pagar una comida un poco abundante. Aunque, como solía ocurrir siempre, pagábamos fuerte cuando nuestro huésped se percataba de la cantidad de alimento que era capaz de asimilar Gary.

Empezamos a andar, en silencio, cada uno hundido en su propio ensimismamiento. Gary, sin duda alguna, relamiéndose por anticipado.

V

La mujer nos recibo con toda clase de sonrisas. Era, como Tonny había dicho, una rolliza matrona, cuya diminuta cabeza le daba un aspecto ciertamente cómico.

—Pasen, pasen —nos invitó, con un fuerte acento extranjero.

Momentos más tarde y cuando ya nos había colocado en una mesa del rincón, apareció su marido que, salvo por el bigote y la falta de redondeces, era idéntico a ella.

Nos estrechó la mano calurosamente.

—¡Mis queridos amigos! —exclamó, con una vehemencia que me puso la mosca tras la oreja—. ¡Qué alegría poder ayudar a los desamparados! Porque quiero obsequiarles como si fuesen mis mejores clientes. Solemos hacer lo mismo con todos los que, en las mismas condiciones, pasan por aquí.

Entornó los ojos, como si intentase buscar algo entre sus recuerdos. —La verdad —continuó diciendo— es que nosotros, mi esposa y yo, así como los pequeños, que ahora duermen arriba, hemos pasado muchas necesidades en nuestro viejo país europeo. Ya comprenderán ustedes: guerra, exilio, campos de concentración… ¡todo lo peor!

»Tanto y tanto pasamos que, en cuanto llegamos a los Estados Unidos y las cosas empezaron a irnos bien, nos juramos, como un deber ineludible, ayudar a todos los que padeciesen en este hermoso país. ¿Y quién merece más que ustedes esta pequeña ayuda, mis queridos amigos?

»Muchos de ustedes han pasado por aquí y ninguno de ellos podrá decir más que la verdad. Mi esposa y yo les atendimos, calmamos sus necesidades imperiosas, los cobijamos, todo el tiempo

que ellos quisieron y les despedimos de la manera más tierna del mundo…

Gary, que no deja de ser un gran sentimental, tenía los ojos húmedos.

Agradecí sinceramente las efusiones de aquel buen señor, haciéndole ver de una manera diplomática que sería mucho más precioso para nosotros, seguir hablando de todo aquello… DESPUÉS DE COMER.

—¡Qué estúpido soy!— exclamó enrojeciendo como un niño al que se ha reñido por un imperdonable olvido.

Corrió a la cocina y poco después, acompañado por su obesa esposa, empezó a hacer interminables viajes, llenando la mesa de platos, fuentes y cubiertos.

¿Para qué seguir hablando?

Me pareció, viendo tanta y tan exquisita colección de vituallas, que estábamos celebrando, de golpe, todas las navidades y fiestas que no habíamos celebrado. Y todas las que nos faltaban por celebrar en la vida.

Gary estaba en el paraíso.

Era, en verdad, el único de nosotros tres al que le importaba la presencia del matrimonio. Porque, el señor y la señora, no lejos de la mesa, nos contemplaban extasiados, sonrientes, con sus rollizos brazos cruzados sobre sus no menos rollizas panzas.

Fue una apoteosis, un banquete que no se había repetido —¡palabra!— desde las lejanas orgías de los romanos, tipo Nerón y otros semejantes.

La grasa nos corría por doquier, escurriéndose por las comisuras de la boca, bajando por los dedos y cayendo, en gruesos goterones, sobre el nívido mantel de la mesa.

Sólo se oía, además del masticar de tres potentes pares de mandíbulas, el gorgojeo del vino al ser escanciado en los vasos.

El color volvió a nuestras enjutas mejillas, el alcohol puso un vital brillo en nuestras pupilas y la sonrisa, franca y abierta sonrisa del hombre satisfecho, borró las arrugas que el cansancio había trazado en nuestros rostros.

Éramos felices, como los héroes de los cuentos que leíamos de niños.

VI

Después de comer, la señora Traumer —así nos dijo que se llamaba—, limpió cuidadosamente la mesa, colocó un nuevo mantel y nos sirvió el más aromático «Moka» que habíamos bebido en nuestra vida.

—¿No quieren una copita de coñac? —inquirió, con una solicitud emocionante, el señor Traumer.

Yo no pude más.

—Escuche —le dije, hablando un poco trabajosamente, debido a que la digestión empezaba a enturbiar mis ideas y movimientos—; yo no sé lo que usted se propone; pero, si como imagino, desea ganarnos para determinado partido político o secta religiosa, está perdiendo lastimosamente el tiempo. Somos hombres libres, señor Traumer; los hombres más libres de todos los Estados Unidos.

Sus mejillas habían enrojecido visiblemente. Con su diminuta cabeza, me pareció, más que nunca, una manzana madura…

—Me ha hecho usted mucho daño, Lam —repuso—. Nunca, bajo ningún concepto, me hubiese atrevido a reclamar ABSOLUTAMENTE NADA en pago de la mísera comida a la que les acabo de invitar. Ni pertenezco a partido político alguno, ni a secta religiosa que exija el pago de lo que se hace de corazón. Les hemos invitado, mi esposa y yo, como ya hemos hecho con un buen centenar de hombres que, como ustedes tres, pertenecían a esa asociación de los MÁS LIBRES HOMBRES DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Me sentí lleno de un legítimo orgullo.

—¡Claro que somos los más libres! Hemos escapado a todos esos lazos que encadenan miserablemente a nuestros semejantes, atados

para siempre a esa especie implacable e insaciable que llaman sociedad. Huimos de la familia, del matrimonio; escapamos a la reglamentación, al servicio militar, a los impuestos. ¡Imagínese si somos libres!

—Ya lo sé —repuso el bondadoso señor Traumer.

Y no dijo más, porque su digna esposa traía botellas y copas.

Las copas se llenaron de nuevo y hubieran continuado llenándose, si yo, que era el «freno moral» del trío, como me llamaba Tonny, no me hubiese levantado y con una expresión repleta de ceremoniosidad hubiese dicho:

—Pueden ustedes estar seguros, señor y señora Traumer, que jamás olvidaremos una velada como ésta. Poco podemos demostrar, dado nuestro estado; pero, de cualquier modo, si en algo podemos servirles…

—Eso es… —eructó Gary.

Los esposos Traumer abrieron tremendamente los ojos.

—¿Cómo? ¿Es que van a dejarnos? ¿Piensan irse? —preguntó la esposa, con un tono de voz que casi me hizo estallar en carcajadas.

Yo, francamente, no les entendía.

Pero no hubo nada a hacer. A pesar de mis vehementes protestas, los esposos —con la ayuda «desinteresada» de los otros dos «tragones»—, salieron plenamente victoriosos, convenciéndonos para que nos quedásemos a pasar la noche y, si lo deseábamos, un par de días más, que buena falta nos hacían.

—Ya nos irán conociendo —dijo el señor Traumer—. Nosotros no pagaremos jamás, después de todo lo que pasamos en Europa, el bien que nos ha proporcionado este hermoso país. Y todo lo que hacemos nos parece poco.

Nos acompañaron a la parte posterior del edificio, señalándonos tres habitaciones contiguas.

—Aquí pueden dormir cuanto quieran. Mañana les despertaremos tarde, cuando el desayuno esté preparado. Espero que los niños no les despierten; duermen en esa habitación del fondo. Buenas noches.

Cuando nos quedamos solos, en el pasillo, nos abrazamos como si acabásemos de descubrir Jauja.

—¡Qué felicidad! —exclamó Tonny.

—Ya estoy pensando en el desayuno —dijo Gary.

—¡Cállate, tragón! Lo que debemos hacer, quieran o no quieran estas amables personas, es ayudarles en alguna cosa, pagándoles todas las bondades que han tenido con nosotros.

—¿Y si no lo consintiesen?

—¡Nos largamos y en paz! No debemos consentir esta situación, que encuentro tremendamente anormal.

VII

Pasé una noche bastante mala. A la mañana siguiente y tal y como nos habían prometido, nos despertaron para engullir un magnífico desayuno en el que los huevos y el jamón abundaban de una manera extraordinaria.

Decidido a demostrar a aquellas buenas gentes que no éramos unos vulgares «gorrones» me acerqué a la mujer.

— Un momento, señora Traumer.

—¿Qué desea, Lam? —inquirió con aquella bondadosa sonrisa que la caracterizaba.

—Escuche, señora. Verá, nosotros, es verdad, somos unos pobres vagabundos, que andamos por esos caminos de Dios, casi siempre muertos de hambre. Ustedes han sido muy amables con nosotros y queremos demostrarles positivamente nuestro agradecimiento. ¡Déjenos trabajar, señora!

Me miró como si acabase de decirle algo horrible; después, enrojeciendo intensamente exclamó:

—¡Nunca! ¿Nos ha tomado por unos vulgares explotadores, mi querido Lam? Ustedes permanecerán aquí, como invitados, todo el tiempo que deseen. Estoy segura que sabrán pagarnos, algún día, lo poquito que hemos hecho por ustedes.

Y pasaron tres días.

Y tres noches.

¿Quién era capaz de arrancar de allí a Gary?

Había doblado el peso y hasta nosotros, que le conocíamos desde hacía un lustro, no nos parecía el mismo.

Comía…; aunque, en verdad, ¿podía llamarse comer a aquello? ¡Devoraba! ¡Tragaba como esos ogros de los cuentos infantiles! Y la

grasa se le escurría por la barbilla, donde la luz de la bombilla llegaba a reflejarse como en un espejo.

Nosotros también comíamos.

Y todo fue estupendamente hasta que llegó el cuarto día.

Me levanté, oliendo el agradable aroma del café y el no menos agradable del jamón y de los huevos fritos.

Bajé al comedor y me hallé ante Tonny, que comía, como siempre, a dos carrillos.

—¿No ha bajado Gary? —pregunté, extrañado de que el tragón número uno estuviese aún en la habitación.

—Debe de estar arriba.

Iba a subir a buscarlo cuando la señora Traumer salió de la cocina.

—¿Buscan ustedes a Gary? —preguntó.

—Sí, señora.

—Ha salido. Desayunó muy temprano y salió para la ciudad. Dijo que volvería antes de la hora de comer.

Pero Gary no volvió a la hora de comer.

Le esperamos hasta bastante tarde, después de cenar. Nuestros amables anfitriones parecían más desolados que nosotros.

—¿Quiere que telefonee a la policía de la ciudad? —me preguntó solícito el señor Traumer.

El solo nombre de la «poli» nos hizo palidecer a Tony y a mí.

—¡No! No hace falta; Gary volverá mañana; estoy seguro.

Y nos fuimos a dormir.

VIII

Pasé una noche horrible. En realidad, no fue toda la noche. A eso de las dos de la madrugada, me desperté, cubierto de sudor frío y con la SEGURIDAD DE HABER OÍDO RUIDOS EN EL PASILLO.

Escuché atentamente.

Nada.

Pero, inquieto y lleno de extraños presentimientos, me vestí velozmente, saliendo al pasillo. No sé por qué, en aquella ocasión, me dirigí hacia la parte posterior de la casa, con mi linterna en la mano.

La parte posterior del barracón daba a un patio, en cuyo fondo había una especie de hangar o garaje, hacia el que me dirigí muy despacio, cruzando la oscuridad tenebrosa que me rodeaba.

Tenía miedo.

Penetré en el hangar, cuya gran puerta estaba entornada y la cerré a mis espaldas, cuidadosamente, sin hacer el menor ruido.

Encendí la linterna.

¡Diablos de diablos!

Lo que vi era para asombrarse. Una especie de esfera, de cerca de cinco metros de alto, con una compuerta entreabierta y una serie de tubos y cables extraños que salían de su cubierta metálica.

¿Qué demonios podía ser aquello?

No me atreví a entrar y volví hacia la casa; pero, en vez de penetrar de nuevo en ella, di la vuelta por el exterior, dándome entonces cuenta de que la luz de la cocina estaba encendida.

Me asomé.

¡Y se me erizaron los cabellos sobre la cabeza!

Estaba toda la familia: el señor y la señora Traumer. Y cuatro hijos, tan gordos como ellos y con la cabeza tan pequeña como las de sus progenitores.

Pero no fue aquello lo que me paralizó de horror.

¡SE ESTABAN COMIENDO A TONNY!

El cuerpo de mi viejo camarada estaba, en trozos, sobre la larga mesa de la cocina. Y la familia, padres e hijos, devoraban glotonamente aquellas tremendas tajadas que la señora Traumer iba

cortando del cadáver con un tremendo cuchillo.

Pero aún vi algo más.

COLGADA DE UN GANCHO, junto al fogón, ESTABA LA CABEZA DE GARY, CUYOS LABIOS ENTREABIERTOS PARECÍAN ESBOZAR LA MÁS ALUCINANTE DE LAS SONRISAS.

Salí corriendo, hacia la ciudad, hacia la vida…

IX

—Lo que tienen en el garaje debe de ser la astronave que les ha traído a la Tierra.

El comisario sonreía —¡el muy imbécil!—, mirando de reojo a los otros policías.

—¿Así que estaban comiéndose a tus dos compañeros? ¿Estaban tan flacos como tú?

—No. Por eso creo que me salvé. Ellos eran unos tremendos glotones y engordaron rápidamente. Ahora lo entiendo todo, su amabilidad y el que elijan a los vagabundos, cuya desaparición no puede interesar a nadie…

El comisario hizo un gesto a uno de los policías, que salió. Desde la sala oí cómo marcaba en el dial de un teléfono, quizá pidiendo refuerzos.

—¿Cómo dices que se llamaban tus amigos?

—Tonny y Gary.

Las lágrimas inundaron mis ojos.

Poco después, cuando hube explicado por undécima vez todo lo ocurrido, la puerta de detrás se abrió y dos tipos con batas cortas, me agarraron fuertemente.

Y al manicomio.

Aquí estoy, desesperado de que la idiotez reine entre los humanos como ley de vida. ¡Ya se acordarán cuando, en todas partes, surjan Casas de Comida como la del señor y señora Traumer!

Aunque entonces será ya demasiado tarde.

FIN